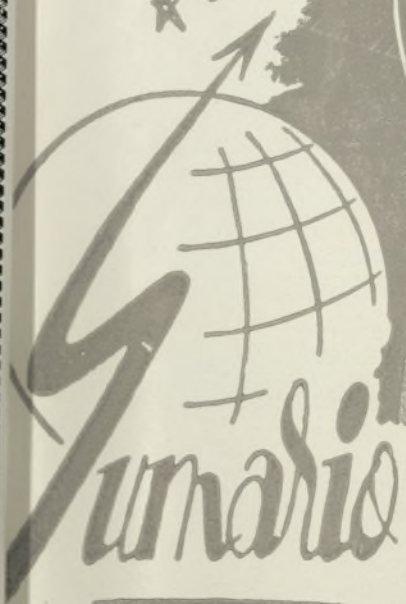


GENII

— sociología —
ciencia — literatura



Editorial. — E. Muse: Realidad y sentido de la campaña mundial contra el hambre. — S. Petofi: La ofrenda. — D. Rivero: Salvochea. — M. Celma: Camus el grande. — P. R. Troise: Crónica anticipada para un libro. — F. Ocaña: Asesinato de Miguel de Unamuno. — E. Malatesta: Libertad para todos. — A. Guillén: España en la Edad Moderna. — Aves errantes. — G. Lucas: París-Seúl, sin retorno. — Diamantinas de Victor Hugo. — M. Bakunin: El trabajo intelectual. — Cosme Paules: Esqueleto de cuento. — Conceptos que quedan. — R. Liarte: La creación revolucionaria. — La fraternidad. — R. Rucker: El Socialismo y el Estado. P. Kropotkin: La revolución.

180

Enero - Febrero 1968

REVISTA MENSUAL
PRECIO : 1,40 F.



tamiento de Madrid

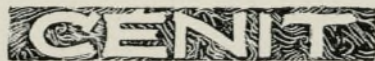
NUESTRA PORTADA

La bellísima escultura que decora la cubierta de CENIT, obra del escultor Viladomat, además de su valor artístico, tiene otro de entrañable para nosotros.

Cuando, en 1937, el pueblo de Cataluña quiso corresponder a lo que era ayuda y solidaridad del pueblo mejicano con los que en España se batían por la libertad del mundo haciendo frente a la ofensiva conjugada del fascismo alemán, italiano y español, es esta escultura la que fue enviada como obsequio al Presidente de los Estados Unidos Mejicanos, general Lázaro Cárdenas.

El gesto de hacer entrega al Presidente de esta obra de arte de uno de los mejores escultores españoles, además de dirigirse, a través de la persona de Cárdenas, a Méjico entero, tuvo otras consecuencias: la obra se salvó de los peligros que la hacían correr los bombardeos sobre Barcelona; Cárdenas correspondió al movimiento sentimental del pueblo catalán, extendiendo, prestando su protección sobre todos los refugiados que, perdidos la revolución y la guerra, fueron a recalar a las playas mejicanas. En aquellos días aciagos, sin la mano solidaria y la ayuda personal del Presidente, la reacción mejicana hubiera quizá conseguido llevar a campos de concentración, como en Francia, a los españoles que a Méjico acudían en busca de refugio.

CENIT se honra hoy reproduciendo esta obra exquisita, en la que el arte y el genio de Viladomat se emparentan con los de los más grandes artistas que produjeron primero la Grecia antigua, más tarde el Renacimiento italiano, luego a través de Canova, Rodin, Bourdelle, el nuevo renacimiento del siglo XIX.



REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Enero - Febrero de 1968

N.º 180

EDITORIAL

Un alto en el camino

CUANDO se carece de orientación es imprescindible hacer un alto en el camino. No de otra manera se orientan los pasos para reemprender la nueva caminata. Hacer lo contrario es andar a tientas. Perderse y desorientar a los demás. Salir de un hoyo para desembocar en una encrucijada. La ciencia de andar es tan vieja como la humanidad misma. Y sin embargo, el hombre no hace más que tropezar siempre en el mismo obstáculo.

No hay crimen mayor que predicar lo que no se cree. El hombre sincero, aunque se equivoque, merece una disculpa porque no yerra intencionadamente. El error es humano y como humanos todos estamos expuestos a cometer desatinos y equivocaciones. La ignorancia es vencible. Se puede corregir y enmendar. Lo que ya no se vence tan fácilmente es la maldad. Ni el interés creado o por crear. Quienes propagan la confusión y alimentan rencores en los corazones honrados, ni sienten ni practican un ideal generoso y libre.

Por todas partes se habla de regenerar a la nación-mártir. No; España no es una nación degenerada ni corrompida. Es una sociedad sometida por el Estado genocida, por el poder absolutista, por la timba de políticos desalmados que desgobiernan y arruinan al país de la fantasía y el ingenio. Por saber perfectamente lo que desea y cual es la organización moderna que pretende darse a sí misma, España viene padeciendo los asaltos más despiadados de las castas plutocráticas y del capitalismo internacional. Bien hay que decirlo de alguna manera. Nuestro país es una comunidad sana y vigorosa que anhela vivir una vida libre en un clima de lealtad y de honradez máximas. La dignidad dicen que nació en Iberia y que se hizo honor en Castilla para que en España se convirtiese en honor personal y colectivo. No se trata, pues, de regenerar a una nación que es ejemplo de virtudes familiares, individuales y cívicas, sino de hacer un pueblo nuevo, de crear una sociedad nueva, presidida por la tolerancia, el respeto y la fraternidad, conforme al carácter y al temperamento de los españoles merecedores de tal apelativo. Que quien ha vendido y traicionado mil veces a los pobladores de su territorio, y a su territorio mismo, no merece ser ciudadano de España ni del mundo.

No habrá otra, ni más sociedad que la que salga de la conciencia, el cerebro y del esfuerzo de todos los españoles. Ese debe ser el primer cuidado de todo hombre libre, ya que de ese fondo de seriedad y esa rara solidez de carácter debe brotar una sociedad abierta a todos los horizontes de renovación y de justicia social.

Las castas plutocráticas que sostienen al régimen franquista nos han situado en un pozo negro y hay que salir de él sin demora. Lo primero que importa es erradicar la concepción principesca y medieval. Cabe restaurar la antigua personalidad federal, creando un hombre nuevo que lleve en sí mismo la coraza protectora contra todo absolutismo. Las clases pudientes, los generales, las jerarquías católicas y financieras no supieron pelear en ningún momento por ideas de progreso y evolución. Creyeron torpemente que siempre tenían ganada la batalla. De ahí las clásicas fanfarronadas de los pronunciamientos, expresión de esa política siniestra que dice: «A Dios rogando y con el mazo

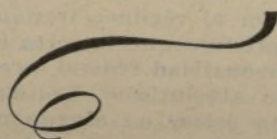
dando». Ha sido la suya la imposición constante sin contar con nadie ni con nada. Para hacer frente a semejante metodología suicida, la clase obrera ha tenido que pelear gallardamente; no le ha quedado más recurso de protección y defensa que la acción directa. Esta postura social está doblemente justificada en España, ya que frente a la señera voluntad impuesta por los de arriba, alcanza toda su grandeza moral la fuerza organizada, de manera inteligente y eficaz por los de abajo. Los grandes abusos acarrearán los grandes amaneceres sociales que son luminarias que alumbran el camino de la emancipación de los explotados.

La guerra civil provocada por las capas reaccionarias ha costado al pueblo español más de un millón y medio de vidas; el desmantelamiento de la tierra; el hundimiento de la economía y de sus grandes reservas y la pérdida de un tesoro intelectual, juvenil y humano de una grandeza sin par. La responsabilidad directa del crimen nefando recae sobre los aterradores de conciencia. La plutocracia ha quemado hasta el último cartucho para que jamás conozca el mundo la verdad angustiosa sufrida por nuestro país. Franco y sus mesnadas han venido asesinando sistemáticamente a los hombres de avanzada. Calles convertidas en patios de ejecución; a la salida de las poblaciones, a la vera de las cunetas, levantáronse los cementerios «A mayor Gloria de Dios». Pero los muertos hablan y acusan. Los revolucionarios tenemos la memoria larga y no perdonaremos nunca los enormes atropechos cometidos en nombre de un Dios monstruoso y vengativo.

Si Franco y sus secuaces se han mantenido durante tres decenios en la dirección del poder despótico ha sido debido a una deuda de sangre, de genocidio. Fácil es comprender que las «altas personalidades de la buena sociedad», pongan tanto empeño en crear dificultades a toda solución general, a fin de frenar la evolución de nuestro querido pueblo. Hay miedo a las responsabilidades. El pasado acusa y la «conciencia» señala un camino donde se lee: Todo crimen tiene su reparación. El mayor crimen de Franco es especular constantemente con la guerra civil. No ha dejado prosperar ninguna solución incruenta. Se ha puesto de espaldas a la paz y la concordia que pidiera el país una y mil veces. Y ahora es tarde. Demasiado tarde. El sistema inquisitorial y bárbaro trata de pervivir para poner a salvo prebendas y privilegios. Nosotros tenemos el deber de destruir las viejas instituciones plutocráticas para que salga victorioso el pueblo, la clase obrera, el hombre libre y dueño de sus propios destinos.

¿Quién está llamado a salvar al pueblo de los males que sufre en sus propias carnes? En primer lugar las personas decentes y honradas que nada tienen que ver con el franco-falangismo; en segundo lugar los españoles amantes de una era de justicia y fraternidad; y en última instancia la clase obrera intelectual, uniendo sus esfuerzos para conducir la nave de España por derroteros venturosos y felices. La clase obrera es la más calificada para emprender esta tarea de dimensiones históricas. La España nueva que todos anhelamos edificar no puede ser obra de un milagro, ni la acción de uno o varios partidos. Somos los trabajadores organizados un solo sector del pueblo, el más nutrido e importante para propiciar su liberación. Hay que orientarse en plena tempestad para llegar a buen puerto.

Corresponde a la juventud obrera, campesina y estudiantil ocupar la vanguardia de la lucha, sabiendo cumplir con el deber que el tiempo le ha asignado. La joven generación tiene sed de libertad, hambre de justicia, delirios de entendimiento popular. No quiere que España sea por más tiempo el furgón de cola del tren del progreso internacional. Ambiciona una era de seguridad en que puedan pensar por propia cuenta sin que los mentores de la mediocridad le dicten sus pensamientos pobres y ruines. Hoy, la juventud dialoga en España al margen del Estado totalitario y contra el Estado usurpador. La aportación de las juventudes que luchan contra el franquismo, es la base más firme para decidir la pelea y la contienda a nuestro favor. No confiemos a los demás lo que debemos hacer nosotros mismos. Un alto en el camino ayuda a reponer fuerzas y energías. La acción directa, múltiple y popular, ha de salvarnos a todos. El combate, en suma, es la táctica del luchador que no quiere perder la batalla definitiva. La C. N. T. debe poner en juego, una vez más, todos sus resortes para ser lo que no puede dejar de ser: alma de la calle, conciencia del trabajo, cerebro de la revolución multitudinaria española e internacional.



Realidad y sentido de la campaña mundial contra el hambre

por EMILIO MUSE

Con este lento ritmo de progreso no es posible contener el despertar de enormes masas de poblaciones desvalidas de todo el mundo, cuya demanda de independencia política sólo constituye un aspecto. El progreso ha de ser más rápido si el mundo entero ha de evitar el desastre. — B. R. Sen, director general de la F. A. O.

TODOS los días el mundo provee de un nuevo motivo de asombro. Así es de rica y cambiante la vida. Desde hace algún tiempo provoca nuestro asombro una titulada «Campaña mundial contra el hambre», conducida por la Organización para la Agricultura y la Alimentación (F. A. O.) con la aprobación de la Asamblea general de las llamadas Naciones Unidas (U. N. O.).

Dado que, según estos mismos organismos, dos terceras partes de la humanidad se hallan subalimentadas, y la mitad vive y muere en hambre permanente, dicha Campaña, a primera vista, parecería obligar a una aprobación general. No obstante, se nos ocurre que el hambre no es una manga de langosta que puede combatirse mediante una campaña de tal naturaleza. El hambre, es decir, la miseria, es la base sobre la cual se apoya y de la cual se nutre todo el andamiaje de un sistema. Nos creemos con derecho a desconfiar de que la F. A. O. y los Estados miembros de la U. N. O. aspiren a echarlo abajo. Interesa, pues, indagar esta causa de asombro su dosis de realidad a su acopio de fantasía, lo que hay dentro y fuera de la campaña, o detrás.

Los nuevos descubridores del hambre

EL investigador brasileño Josué de Castro inicia su obra «Geografía del hambre» (Peuser, 1950), de esta manera: «El tema de este libro es bastante delicado y peligroso. A tal punto delicado y peligroso que se ha constituido en uno de los tabús de nuestra civilización». En otro importante trabajo suyo, «Geografía del hambre» (Raigal, 1955), escribe en sus páginas 25-26: «La literatura occidental, indisolublemente ligada al patrimonio mental de esta cultura, sirviendo a sus intereses y deslumbrada por su falso esplendor, se hizo, pues, cómplice del silencio que ocultó a los ojos del mundo la verdadera situación de enormes masas humanas que luchan dentro del círculo de hierro del hambre. Pocos fueron los escritores valientes que se

aventuraron a violar el tabú y a tratar a la luz de la publicidad las negruras de ese mundo subterráneo del hambre y la miseria».

En ambas obras De Castro señala que la bibliografía sobre el tema es escasa no obstante su importancia y su realidad universal. Apenas cita a unos cuantos autores del siglo pasado. Los escritores valientes de que habla serían Kut Hamsun, Pannait Istrati, George Fink, John Steinbeck y otros, es decir, contemporáneos que abordaron la miseria en obras de carácter literario.

Quince años después de publicada su «Geografía», Josué de Castro constata una situación completamente distinta: «Nunca se habló tanto del hambre en el mundo, ni estuvo tanto en el tapete esta cuestión». (Revista «El Correo», mayo 1963). Evidentemente, para este autor se ha producido un vuelco fundamental, tan fundamental, que ha considerado necesario aclarar a los lectores de la revista que, «aunque llega a parecer que otrora no hubiera habido hambre y que sólo en el siglo XX se conociera esa calamidad», en realidad «el hambre siempre existió al lado de la riqueza y la abundancia», y que creer lo contrario «es una impresión errónea».

Dicho artículo es escrito tres años después de haberse aprobado en la U. N. O. la Campaña mencionada, y a propósito de ello dice: «La aprobación de esta resolución de la F. A. O. expresó, a mi entender, la victoria de las ideas de un pequeño grupo de pioneros que desde hace años luchan porque el mundo entero reconozca la necesidad de afrontar resueltamente este problema fundamental para el futuro de la humanidad».

Hemos preferido iniciar esta nota citando a Josué de Castro y no a los organismos de la U. N. O. por varias razones. En general, y por lo menos sobre estos problemas, para los funcionarios de los organismos internacionales la historia parece tener comienzo válido recién a partir de la fundación de la difunta Sociedad de Naciones. Además, por muy interesantes y reveladores que resulten algunos de sus raptos, son copartícipes de un política oficial. De Castro, en cambio, comenzó a ocuparse del problema del hambre mucho antes de ser presidente de la F. A. O., y aunque todavía la integra, piensa y escribe como un investigador independiente. Por otra parte, conoce a los escritores revolucionarios de las más distintas posiciones. Por esto mismo es menos comprensible y justificable la inmensa laguna que vamos a señalar en su obra.

Sin embargo, por tratarse de otro hombre de

ciencia y dada la notable similitud de pensamiento, transcribiremos algunas palabras dichas por André Mayer en octubre de 1955; «Esta encuesta (se refiere a la realizada por la F. A. O. sobre alimentación de los pueblos) ha tenido máxima resonancia, puesto que llamaba la atención sobre una situación de la que sólo se tenían ideas vaguísimas y respecto a la cual, a mi entender, no se había tenido, hasta entonces, mucho interés en poner al descubierto. ¿Qué reveló esta investigación? Una extraordinaria desigualdad en las disponibilidades alimenticias de los hombres». (Alimentación y Sociedades, F. A. O., 1956, p. 21).

Cada hombre que se asoma al mundo tiene derecho a sentirse como su descubridor. Esto es bellamente fresco y en alguna medida es real puesto que cada uno lo descubre a su manera. En un recuento histórico, sin embargo, hay el deber de no omitir una corriente social que cubre y revoluciona toda una época.

Esto es, precisamente, lo que tales apreciaciones implican. Se ha olvidado o se ha subestimado la acción y el pensamiento de un vasto movimiento histórico cuya crítica permanece cierta y cuya presencia continúa viva en nuestro tiempo. De tal manera, el mérito de sucesivas generaciones de pensadores y militantes queda asignado a un puñado de contemporáneos.

En lo que se refiere a la obra de los escritores mencionados por De Castro, por muy estimable que nos parezca, apenas es una parte de una vasta literatura. En cuanto a los pioneros de que habla en su artículo, consideramos que se magnifica su actividad: ellos sólo están procurando que el mundo del privilegio se dé cuenta de la necesidad y de la conveniencia de conocer y abordar ciertos problemas, exactamente como lo hacen especialistas de otras materias. Independientemente de la sinceridad de algunos, todos están cooperando en la elaboración de un plan de **contrarrevolución pacífica** destinado a obtener reformas que dinamicen y salven las actuales estructuras. Ya volveremos sobre el particular.

Un tabú largamente violado

MASSEYEFF, en «El hambre» (Endeba, 1960, pág. 34), recuerda que uno de los más viejos testimonios del hambre es también uno de los más viejos documentos de la historia humana. Inscripto en un monolito, dice así: «Yo lamento, desde lo alto de mi llevado trono, la inmensa desgracia de vernos privados durante siete años de la marea del Nilo en el curso de mi tiempo. El grano es raro. Faltan los viveres y toda clase de alimentos. Cada uno se ha transformado en ladrón de su vecino. La gente quería correr y no puede caminar. Los niños lloran, los jóvenes flaquean como los viejos. Sus almas están quebradas, sus piernas torcidas se arrastran miserablemente, sus manos permanecen cruzadas sobre el pecho».

Desde aquel remoto monolito en el que ya figuran grabadas algunas de las consecuencias físicas y sociales del hambre, hasta el momento de la

creación de la difunta Sociedad de Naciones, suponemos que podrían encontrarse innumerables testimonios acerca del problema. Pero lo que interesa aquí no es el hambre causada epidémicamente por un accidente cualquiera, sino el hambre crónica producida por la imposición constante de un sistema.

Sin intentar salir del ámbito de la civilización occidental, y sin trasponer el mojón que representa la revolución francesa, el gran violador de este tabú, y de muchos otros, fue ese enorme movimiento ideológico conocido bajo el nombre genérico de Socialismo. En su fabulosa labor crítica del régimen del privilegio, del sistema del beneficio, no tiene ni necesita nombre y apellido. En esta parte crítica se identificaron y se confundieron todas las tendencias, las autoritarias y las libertarias. Desde sus más brillantes teóricos hasta sus más modestos militantes y anónimos partidarios, a través del libro, el periódico, la asamblea o el acto en la plaza pública, millones de hombres y mujeres gritaron al mundo la aberración de la miseria y enarbolaron la bandera de la revolución social para remediarla. La sola lista de los hombres martirizados por reclamar su derecho a la vida conmovió al verdugo más despiadado.

Con toda seguridad, ellos no fueron deslumbrados por el falso esplendor de una civilización fundada en el terror y en la rapiña ni siguieron las huellas de una intelectualidad servil. El socialismo, como movimiento, crece y se desarrolla en la medida en que el capitalismo asciende al poder político y extiende su dominio por el mundo. Desde la cumbre se imprime un tipo de producción económica y de relación social a esta época, pero desde las entrañas del pueblo madura una nueva concepción de la vida que se le opone. Esta famosa civilización occidental tiene así un doble carácter: es capitalista y conservadora por imposición de la cúspide, y es socialista y revolucionaria por aspiración de la base. Desde esta base socialista, la revolución fue total.

Quizá sea oportuno, muy oportuno, recordar algunas palabras de Proudhon. Fueron escritas hace más de un siglo, en un capítulo sobre el problema de la población, combatiendo con buen humor la sombría teoría de Malthus (**Sistema de las Contradicciones Económicas**, Tupac, 1945, p. 570): «El fenómeno más espantoso de la civilización, el que mejor comprobado está por la experiencia y el menos comprendido por los teóricos, es la Miseria. Ningún problema se ha estudiado con más atención y laboriosidad que éste: el pauperismo se sometió al análisis lógico, histórico, físico y moral; se lo dividió en familias, géneros, especies y variedades, como si fuese un cuarto reino de la naturaleza; se disertó largamente sobre sus efectos, sus causas, su necesidad, su propagación, su destino y su medida; se le hizo su psicología y terapéutica; y sólo los títulos de los libros que con este motivo se escribieron, llenarían un volumen. En fuerza de hablar de él, se llegó a negar su existencia; y gracias si después de esta larga investigación, se empieza a comprender que la miseria pertenece a la

categoría de las cosas indefinibles, de las cosas que no se entienden.»

La miseria es el producto de la totalidad del sistema

DECIDIDAMENTE, como en tiempos de Proudhon, no se quiere entender la miseria.

En *Encuesta Mundial sobre la Alimentación* (FAO, 1946, p. 9), leemos estas observaciones: «La pobreza es la causa principal de la mala nutrición. Así, para el mundo en general se puede decir: «Dime lo que ganas y te diré lo que comes». Hay excepciones, pero, por regla general, las naciones prósperas gozan de buena nutrición, las no prósperas viven mal; y los grupos más pobres, en esos países, son los que viven peor.» Desde luego, no se menciona la causa real de esta pobreza.

En *El Desarrollo Económico mediante Productos Alimenticios* (FAO, 1962, pag. 1) hay esta sentencia: «El hambre, la pobreza y el estancamiento forman un círculo vicioso.»

Como se ve, en esta segunda cita la pobreza está enlazada a lo que ahora se denomina más comúnmente subdesarrollo. Así, ella sería el resultado de una etapa del desarrollo económico.

Esto surge todavía más claro en *El Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación* (FAO, 1961) donde B. R. Sen expresa: «La FAO siempre ha insistido en que la solución definitiva del problema del hambre y la desnutrición en los países poco desarrollados sólo puede encontrarse haciendo más productivas sus agriculturas.»

Mediante este incompleto círculo vicioso (hambre-pobreza-subdesarrollo) la FAO y también otros organismos de la UN pretenden simplificar el problema al nivel de la escuela primaria, reduciendo por otra parte su escala mundial al ámbito de las regiones subdesarrolladas, para terminar extrayendo muy astutamente la conclusión fundamental de que hay que «ayudar» a esas regiones para que superen sus dificultades. Pero, como no es conveniente «reproducir formas primitivas de capital» (CEPAL), han de abrirse las puertas a las inversiones estatales y privadas extranjeras.

El hambre, la pobreza, la miseria, no son desgracias exclusivas de los países subdesarrollados, sino la consecuencia fatal de cualquier régimen de explotación económica, y también de opresión política del hombre. Allí donde uno recibe un salario, otro se queda con un beneficio. Allí donde uno soporta una autoridad, otro goza de un privilegio. En los países que hoy se consideran más ricos por el volumen de su producción y por el nivel de sus ingresos, grandes masas siguen sufriendo la pobreza y la inseguridad, la desocupación y la rutina del centavo. Es cierto que, globalmente, han superado el nivel pavoroso de hace un siglo, pero el nivel de vida también es dinámico: las tres comidas diarias en que se detiene la audacia de tantos directores, no llenan la vida del hombre, no adormecen las necesidades y las ansias largamente postergadas. El hombre es algo más que un conjunto de vísceras. En ese terreno, tales pueblos encuentran

hoy tantas barreras como hace un siglo las tenían para las necesidades más elementales.

En toda el área del denominado Tercer Mundo, la miseria alcanza desde luego los extremos más aterradores. Pero esto no se debe, como se pretende, exclusivamente al régimen de la tenencia feudal o semifeudal de la tierra, al cultivo irracional del suelo, a la insuficiencia técnica, a la falta de capital, a la carencia de conocimientos, sino a todo eso y a mucho más a la vez. El dominio colonial semicolonial, o el que se ha ejercido a través y con la complicidad de las oligarquías nativas, sometió a esta vasta región al esquema centralista y expoliador de la división internacional del trabajo, convirtiéndola en simple proveedora de materias primas. El monocultivo, lo monoextracción, han provocado una interminable escuela de deformación económica, con abandono de viejas prácticas agrarias y extinción de pequeñas industrias locales en muchos casos. Todo intento de desarrollo económico, de diversificación en la producción, ha sido controlado, anulado o cercenado. Los bosques fueron talados, las tierras fueron arrasadas. Como un símbolo que atestiguará todo el daño que los centros coloniales e imperialistas ocasionaron a las tierras del mundo, en África se ha levantado un monumento a la mosca Tsé-Tsé: ella ha impedido que en una región del continente penetrara esta civilización de rapiña.

Es claro, como dice el director de la FAO, que es necesario aumentar la productividad de sus agriculturas, pero ésta es apenas una parte de la solución.

El hambre es inseparable de la miseria, la miseria es inseparable de la desigualdad, la desigualdad es inseparable de la política de fuerza. Este es el verdadero círculo de hierro que hay que romper si se quiere elevar las condiciones generales de la vida de la gente. Pero este círculo no se rompe limando suavemente uno de sus eslabones, interdependientes y solidarios entre sí. La cadena ha de ser destruida en su totalidad. Y esta empresa no puede cumplirse con reformas epidérmicas ni transitorias y aisladas medidas de emergencia. Para que sea real y permanente hace falta una verdadera revolución que ponga toda la tierra y todo el sistema de producción al servicio de la colectividad.

No parecen enterderlo así los funcionarios internacionales. En *Aún hay Millones de Hambrientos* (FAO, 1957, p. 2), al referirse a los problemas que plantea el aumento de la población, se expresa: «Los problemas complejos no pueden abordarse objetivamente y de modo directo y expeditivo, y quien quiera que lo intentare no tardaría en comprobarlo para su propia desesperación. Lo mejor que cabe hacer con ellos es desenmarañar el complejo, reduciéndolo primero a sus componentes más simples y ocupándose aisladamente de cada uno de los que admitan una solución rápida.»

Este criterio no resiste el análisis, pero ahora ni queda lugar ni vale la pena demostrarlo. Ya veremos que otros técnicos, también de la FAO, no pensaron lo mismo en algún momento de más sinceridad.

Antecedentes y recursos de la campaña mundial

COMO acertadamente decía Josué de Castro, nunca el tema del hambre estuvo tanto sobre el tapete como ahora. Los medios de publicidad, con insólita frecuencia, se refieren al problema. Los gobiernos, las iglesias, las cámaras de comercio, las entidades culturales, las sociedades de beneficencia, todos parecen haber descubierto el hambre y se han sumado casi entusiastamente a la Campaña Mundial. Como es natural, no podían faltar esos bien nutridos abrigos de visión, almas caritativas que gustan asomarse sobre el dolor universal. El tema se ha llevado incluso a las aulas, como cuando se ilustra sobre las ventajas del ahorro. En fin, se está tratando al hambre como un hecho accidental que puede ser salvado con la distribución de algunos cargamentos y la enseñanza de recetas de cocina.

Veamos rápidamente algunos antecedentes de esta campaña.

Hace cuatro años, la FAO lanzó la idea. El 27 de octubre de 1960, la Asamblea General de la UN aprobó por unanimidad, mediante la Resolución 1496, el suministro de alimentos a las poblaciones necesitadas. Esta resolución refrendó la Campaña propuesta y abrió la puerta a la elaboración de medidas concretas. El 10 de abril de 1961, EE. UU., por intermedio de su delegado Mc Govern, propone en el seno del Comité Consultivo Intergubernamental la formación de un Fondo Multilateral de 100 (cien) millones de dólares, en productos y en efectivo, para ser distribuidos durante un período de tres años. En la propuesta de los EE. UU., la fase inicial de la ayuda debería atender las necesidades de emergencia. El 19 de diciembre de 1961, otra Asamblea General de la UN, mediante Resolución 1714, aprueba el «Programa Experimental Mundial de Alimentos». En 1963, tal programa se puso en marcha, con un fondo integrado de 91 millones, y duraría hasta 1965.

Durante cuatro años se hicieron estudios, se nombraron comisiones especiales de expertos, se produjeron informes, se adoptaron resoluciones y se bombardeó internacionalmente el tema, para luego terminar asignando esa ridícula cantidad. Cualquiera atorrante de las finanzas tiene 100 millones. A Pérez Jiménez lo acusan ahora de 300. ¿Cuántos incontables cientos tendrá un Rockefeller, un Ford, un Dupont o cualquier otro? Suponemos que el Fondo alcanzará para una copa de leche, la copa de leche de principio de siglo en escala internacional.

Como si ya no fuera demasiado, la mencionada Resolución 1714 advierte que la iniciativa se aprueba «habida cuenta de que la creación de tal programa no vulnera en modo alguno los acuerdos bilaterales entre los países desarrollados y los países en desarrollo.» En la Resolución 1946 ya se había establecido, por otra parte, que toda acción que se emprendiera debía «entrañar garantías adecuadas y medidas apropiadas contra el **dumping** de excedentes agrícolas en los mercados internacionales y contra cualesquiera repercusiones adversas en la

situación económica y financiera de aquellos países cuyas entradas de divisas dependen principalmente de la exportación de productos alimenticios.» (Ver **El Desarrollo Económico mediante Productos Alimenticios**, FAO, 1962, pp. 174 y 76 respectivamente).

Mientras tanto, en un informe fechado el 11 de febrero de 1961 y firmado por un grupo de expertos especialmente contratado por la FAO a raíz de la Resolución de 1960 de la UN, puede leerse la siguiente (p. 84 de la publicación ya citada): «Actualmente se dispone o se dispondrá en el curso de los próximos cinco años, para emplearlos fuera de los cauces comerciales normales, de un volumen de productos agrícolas de tipos conocidos valorado aproximadamente en 12.500 (Doce mil quinientos) millones de dólares.»

B. R. Sen dijo que esta Campaña era la empresa más ambiciosa de la FAO. Seguramente lo dijo teniendo otro esquema en la cabeza. Las condiciones impuestas antes de que se diera un solo dólar representan un freno a la pretensión más modesta. La astronómica desrelación entre la suma votada y la reserva de alimentos evidencia hasta la fatiga su limitación y su tontería.

Nueva frustración en el Plan de una contrarrevolución pacífica

EN la Encuesta de 1946, al denunciarse la gravedad del hambre, se dice en la pág. 2: «Mas no basta con poseer un conocimiento vago de que semejante situación existe. Es necesario compilar hechos y estadísticas, si las naciones del mundo desean eliminar el hambre y la mala alimentación.»

En aquel entonces, la FAO debió recurrir a investigadores independientes y a oficinas particulares para realizar la Encuesta. Hoy la situación ha cambiado radicalmente. La FAO y la UN tienen una legión de técnicos y de investigadores. Las estadísticas se han perfeccionado. Los datos se han acumulado y renovado. Disponen de una enorme masa de conocimientos objetivos harto reveladores de la situación mundial. Pueden ofrecer cuadros más o menos correctos de la realidad, en un momento en que las tensiones sociales ocupan un capítulo principal en los informes oficiales.

En **Camino de Supervivencia** (Sudamericana, 1952, p. 74), el neomalthusiano William Vogt escribió: «La 'libertad de la necesidad' fue la zanahoria puesta ante las narices de los pueblos menos prósperos para lograr su apoyo durante la guerra. Lo monstruoso de este engaño para nosotros y para ellos, debe ser claro para cualquiera que piense en términos de las capacidades de sustentación de las tierras del mundo.» Vogt dijo que esta promesa hacia abstracción del acelerado aumento de la población y acusó a la UN de negarse a considerar tal problema.

En este aspecto también la situación ha variado fundamentalmente. Proliferan los estudios sobre el crecimiento demográfico con el sello de la UN, la lógica relación población-suelo-alimentación está presente en los estudios de todos sus organismos. Hay una conciencia bien clara sobre este asunto.

«porque la revolución demográfica ha dado una nueva dimensión al problema de la pobreza» (B. R. Sen).

Este conocimiento más estricto de la situación general del mundo, país por país, continente por continente, y el manejo directo de todos los datos, ha acentuado la alarma en el sector más lúcido de los altos funcionarios nacionales e internacionales. Abundan las manifestaciones de esta alarma, pero preferimos transcribir la sobria advertencia de Celso Furtado, ex integrante de la CEPAL y actual ministro sin cartera del Brasil. Dice así:

«No permitiendo las estructuras rígidas, adaptaciones graduales, la marea alta de las presiones tenderá a crear situaciones precataclísmicas. En esa situación los grupos dominantes son presas de temor y se lanzan a soluciones improvisadas o golpes preventivos. En cambio, si las modificaciones fueran progresivas o graduales el sistema político-social resistiría. La tarea fundamental en el momento presente consiste, por tanto, en dar mayor elasticidad a las estructuras.» **La prerrevolución brasileña**, conferencia publicada en varios periódicos y revistas).

Para este sector más lúcido del mundo oficial, las realidades de nuestro tiempo no sólo no pueden eludirse, sino que deben abordarse. Muchos de ellos sostienen hoy algunos puntos de vista tradicionales en el campo socialista. Están contra Malthus y combaten a William Vogt. Confían en los recursos de la ciencia, la técnica, el suelo y el mar. A la revolución demográfica, al despertar de la conciencia mundial, quieren oponer una contrarrevolución pacífica, ordenada, planeada, acercando a los pueblos a las tres comidas diarias. Temen que, si el sistema no cede, si la expansión continúa frenándose, un día las estructuras se resquebrajarán para siempre.

Sin embargo, en su conjunto, el sistema parece continuar ciego y sordo a los principales consejos de sus técnicos y a los reclamos colectivos de la época. Se producen algunas reacciones, pero son más bien espasmódicas y rápidamente naufragan en pura propaganda. La suma votada para esta Campaña Mundial, las trabas impuestas desde que se presentó el proyecto, han frustrado otro capítulo del sueño de una contrarrevolución pacífica.

Los técnicos reclamaron mayores datos. Alegaban que eran indispensables para planear las soluciones adecuadas. Ahora ya los tienen, pero la si-

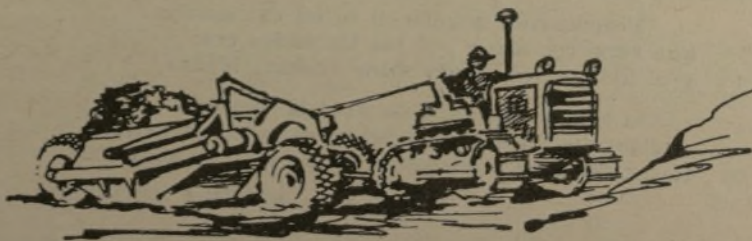
tuación sigue siendo la misma, y en algunos casos peor.

En **El Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación** (FAO, 1961), se reconoce que la producción de alimentos, por ejemplo, ahora ha alcanzado el nivel de preguerra en el Lejano Oriente, en África ha retrocedido a niveles inferiores a los que existían antes del conflicto y en América Latina ocurre algo más o menos parecido. Los técnicos seguirán corrigiendo sus estadísticas. Mientras tanto la Campaña contra el Hambre es la cortina de humo que esconde su impotencia.

Hace unos momentos dijimos que otros técnicos de la FAO tuvieron una idea distinta acerca del proceso pacífico de cambio. Figura en la página 26 de la Encuesta de 1946: «Se requieren visión y audacia, el mejor sentido y más alto grado, para poner estos conocimientos y estos instrumentos a disposición de seres humanos que nunca los han tenido. Debe hacerse hincapié en que medidas a medias de nada servirán. Una pequeña mejoría aquí, un esfuerzo desgastado de mejoría allá, sólo servirían en el futuro, como ha sucedido en el pasado, a aumentar el número de los desvalidos y los ignorantes. O el mundo enfrenta en el futuro los **standards** de vida universalmente más bajos o guerras y revoluciones forzarán la solución.»

Entonces acababa de terminarse la guerra. Rusia ocupaba la mitad de Europa. China era dominada por el partido comunista, los pueblos coloniales reclamaban su independencia, y también, desde luego, estaba fresca la sangre de millones de inmolados al poder y al dinero, y las ciudades humeaban el desastre por sus escombros. Aquellos técnicos tenían derecho, como tantos otros, a creer en la **Carta del Atlántico**, en las promesas de justicia y libertad para el tiempo en que se ganara la guerra, en la «zanahoria» de que habla el norteamericano William Vogt. Por una vez se dejaron arrastrar por una noble pasión y se aproximaron a la verdad.

Cuando se lanzó la Alianza para el Progreso, algún político contramericano dijo que ella cambiaría el curso de la historia. Nos pareció excesivo, y manifestamos que no cambiaría ni el curso del Bermejo. De esta Campaña Mundial contra el Hambre se dan muchas definiciones, pero suponemos que, íntimamente, ni sus autores esperan nada. Es la burla más imperdonable a las urgentes y enormes necesidades de las poblaciones más explotadas del mundo.



LA OFRENDA

A la memoria de la juventud obrera y universitaria que en las calles y plazas de Budapest, en heroico y vibrante levantamiento insurreccional, dio su sangre en defensa de la libertad y la justicia, frente a la cesarista brutalidad homicida del comunismo ruso, ofrecemos, traducido a nuestra lengua, un poema del más representativo de los poetas de Hungría.

Amo tal vez cual ninguno
En la vida amó jamás:
Con sacro fuego celeste;
Mas no a virgen terrenal.

Amo a una diosa que muchos
Insultan: la Libertad,
Y ver solo en sueños puedo
A la causa de mi afán;
Pero en sueños, cada noche,
La contemplo faz a faz.

Cuando, anoche, en mis jardines,
Mi amor le dijera ya,
En prenda, para su seno
Quise allí una flor cortar.

Púseme, pues, de rodillas,
Inclíneme al suelo y... ¡ay!
Surgió el verdugo, de un tajo
Mi cabeza hizo rodar.
¡Y esa fue la flor que pude
Ofrecer a su beldad!

SANDOR PETOFI

SALVOCHEA

Yo conocí en París, en el año setenta,
a Fermín Salvochea, entonces emigrado.
Allí, siendo apacible, forjaba la tormenta:
de sus ideas fue apóstol y soldado.

Gastó en luchar, sereno, su vida turbulenta;
su frente ungió el presidio, y al fin murió olvidado.
En medio de esta España, sumisa y soñolienta,
a mi memoria vuelve surgiendo del pasado.

Y acusarnos parece su fe en el mañana
que generoso amor por los humildes era;
y el alma entumecida mira ondear, lejana,

la señal redentora de su roja bandera
que un día vio la hambrienta campiña jerezana
flotar como en el viento la llama de una hoguera.

DOMINGO RIVERO (1852-1929)-

FILTRO DE IDEAS

CAMUS, EL GRANDE

por M. CELMA

DISQUISICIONES SOBRE LA NOCIÓN DE ACCIÓN
Y SOBRE LAS PROPIEDADES DEL ALMA

TEMA sugestivo que, tratado por muchos pensadores y por Camus, valdría la pena compararlos entre sí. No obstante, nos ceñiremos a Camus y enlazaremos la acción con el alma en sus múltiples manifestaciones. La acción es conjunto de manifestaciones de aquél que hace algo reclamada sin cesar por el que nada hace. El que actúa, absorto en su tarea, la ejecuta casi en la inconsciencia, o por lo menos no ve y desconoce sus contornos y se le escapan sus consecuencias; tiene en cuenta solamente las primicias que la originaron.

Aunque la acción no sea solamente la satisfacción de una necesidad y de una vitalidad fisiológica, aunque sea llevada a cabo como resultado de un examen, pronto se pierde el motor que la lanza para pasar a justificarse por sí misma y sola.

Hay seres a los que importándoles muy poco la noción general de la vida se conforman con vivir la suya, conformismo que puede significar la máxima acción como la más atrofiada pereza. Ambas obedientes al estado «natural» del afectado.

En los medios obreros ha ocurrido a menudo el fenómeno indicado; concretamente, serían muchos los que podríamos citar que se han pasado la vida reclamando acción sin que la ocasión les deparara una mínima posibilidad de ejecución — a veces incluso a fuer de esquivar ocasiones — como también los ha habido que han sido sólo acción, primero meditada, después irreflexiva y al final loca.

Llegado a esta sicosis, la acción será un dios con todos sus imperativos para el hombre que se ha dejado cegar por ella.

Y lo inverosímil para el ser humano en su más cristalina acepción, es que se llega a tolerar y a soportar cosas, no por sí mismas sino por las justificaciones que las preceden, que por ningún motivo del mundo serían admitidas.

Y los hombres de acción habrán degollado a sus colegas, amigos y familiares «por el bien de la causa» al igual que los creyentes en un Dios degüellan en su nombre al mismo Dios que en persona se presentara si las circunstancias concurren para justificar el degüello.

Igual que Camus, cualquiera que se detenga a examinar la influencia que la acción ejerce en las multitudes, concluirá que detestamos las malas

acciones y ensalzamos las buenas, sin darnos cuenta de que al hacerlo, al glorificar la buena acción, indirectamente rendimos honor a la fuerza, al poder, a la superioridad, tan alejado como es todo esto de la idea anarquista que debiera presidir nuestro vivir cotidiano.

Se va más lejos en la justificación de las buenas acciones llegando a las que sin ser abominables ya no son buenas pretextando que en el que actúa «ha habido buena fe».

Y así es como almas más torcidas utilizan la «buena fe» como caparazón para sus malas acciones.

Para éstos la «buena fe» les ha servido como a Pilatos el agua.

Lógicos derroteros si además admitimos que en muchos casos el hombre capaz de grandes acciones suele carecer de sentimientos ajenos a las mismas. Camus lo señala en «La Peste».

Cuando montó «Los Justos», alguien le indica que hay escenas cortadas demasiado brutalmente, y Camus responde:

«He querido solamente demostrar que la acción tiene también sus límites. No hay buena acción allí donde estos límites no se han reconocido. El que los sobrepasa y mata debe aceptar por lo menos voluntariamente la muerte propia».

Camus rechazará repetidamente y con energía cada vez el «todo nos es permitido» tan bien reflejado por la Compañía de Jesús y por el bolchevismo.

Matar sin morir es una acción que sobrepasa los límites apuntados. Esto fue el tema central de las discusiones entre los revolucionarios nihilistas rusos de principio de siglo.

Estos revolucionarios querían ser idealistas y hombres de acción. Posteriormente, ni entre los revolucionarios ni entre nadie se ha discutido la acción a emprender partiendo de estas bases y remilgos de conciencia.

Gran progreso será que entre los hombres revolucionarios se vuelva a analizar el asunto con la seriedad que exige el derecho y el respeto a la vida.

Saltando a otro campo más fácil Camus nos coloca entre hombres de nefasta acción a todas luces, como fue Calígula, y dice: «Calígula fue un hombre de acción, un soñador y un pensador». Lo fue Hitler, etc. Luego pos sí mismo, ser un pensador, un soñador o un hombre de acción, no significa que estemos ante un hombre respetable; para que lo

sea habrá que poder decir que sus acciones son dignas, buenos sus pensamientos y bienhechores sus sueños. Si no podemos agregar estos calificativos, puede ser un tríptico pernicioso y malvado.

Es necesario elegir calidad en las acciones humanas. El esfuerzo de un campesino para cultivar su huerto ha de ser más honroso, más venerable y mejor remunerado que el esfuerzo, por ejemplo, de «El Cordobés».

La «razón de Estado» para unos es un pretexto vil, tan vil como cuando otros respaldan sus malas acciones pretextando hacerlas «por la causa».

«La causa» de unos equivale a «la razón de Estado» de los otros.

Y para que no haya confusión dice: Hay una acción más abyecta que la de asesinar: es la que atiza al asesino. Malraux dice lo mismo en «Los conquistadores».

Si abyecto es el papel de la prostituta porque cobra, más abyecto es el del que paga para prostituir. Ya lo dijo el poeta: es peor el que paga por pecar que el que peca por cobrar.

Pero independientemente del tiempo y de la moral, la intensidad de la acción es lo que contribuye para que una vida sea plena aunque sea corta.

Alaiz también era en esto gran maestro.

Incluso hay momentos en que sólo cuenta la acción. Es cierto que las ideas necesitan su tiempo. Pero muy limitado, la acción ha de seguirles, so pena de zozobra irremediable. Mas lejos de nosotros la idea de crear un culto a la acción.

La acción que conduce al crimen deja de ser acción respetable. Pasa a ser crimen. Camus rechazó la pena de muerte, sin distinción de justicias.

Cuando un individuo llega a matar «por razón de Estado» o «por la causa» es porque carece de los valores superiores únicos que pueden dar patente de hombre de acción. Por lo menos, aunque los tenga son temporales ante la idea de ser eficaz.

La misma condena que Alaiz hizo en su «Nueva maldición del practicismo».

Hay filosofías, si no filosofías, que niegan exista realmente la noción de lo bueno o de lo malo. Se admiten por convencionalismo sin más. Estos filósofos son los hombres más peligrosos porque, partiendo de esa base es fácil concluir: puesto que nada es bueno ni malo, seamos eficaces. De ahí que el Papa dijera a las tropas que sitiaban Béziers: «Matad a todos, Dios reconocerá los suyos», o que Lenin dijera: «Hay que vencer, cueste lo que cueste».

Camus no examina este tema a la ligera y en «El hombre rebelde» escribe:

«El error de la época ha sido el de querer codificar la acción precisamente cuando menos preparados estaban los cerebros; es decir, se quiso una acción producto de una emoción, de un acaloramiento».

En efecto, el 90 % de las acciones de este siglo se admiten o se rechazan no por principio, sino en virtud de estos momentos de pasión ciega.

Transformar también es acción, pero muchas veces se empieza transformando sin matar a nadie y se termina matando sin transformar nada.

Complejidad del cerebro humano.

Por modesto que fuese el portavoz de la C. N. T. de Aragón, aquel órgano del pensamiento aragonés llegó, mucho antes que Camus, a las mismas conclusiones. Se titulaba «Cultura y acción», lo mencionamos porque en él aprendimos las primicias de nuestras preocupaciones políticas y siempre tuvo como lema implícito, primero la cultura, después la acción. Primero el cerebro lúcido, condición *sine qua non* de acción digna.

Lo paradójico es que en general los hombres de acción lo han sido sin darle tiempo a cultivar su cerebro. Habrán sido admirables soñadores pero intuitivos, sin cultura o con cultura inferior a la acción que emprendían. Por eso la historia registra hombres de acción que, por soñadores, han ido de la vida mística y contemplativa más insulsa a la acción más implacable.

En ningún caso obedecían a un estado de razón consciente. Sublime quizás pero animal.

Camus conviene en que René Char y Breton son maestros para estos análisis.

No sé si dirigiéndose a los marxistas o al propio Bakunin, Camus dice: «De acuerdo en que toda acción tiende a destruir para que de sus ruinas brote una realidad nueva. Pero para que sea nueva ha de ser espiritual».

Y nosotros preguntamos ¿Es posible aún una nueva realidad espiritual?

Volviendo al ideal que debe presidir todo acto, Camus dice que «cuando a los hombres de acción no los conduce una fe, no han tenido más credo que la acción misma».

Los revolucionarios suicidas y los dictadores están comprendidos en este juicio.

Para que no se nos escape su intención agrega a renglón seguido: «Un hombre de acción y de dinamismo puros era Hitler».

Y cuando se llega a matar o a morir significa que se ha llegado a cegarse por la acción misma, perdiendo de vista los objetivos aunque hubiera y viendo sus consecuencias aunque algún día se apercibieran.

Y el error de las tendencias filosóficas de nuestra época consiste en colocar los valores de la acción según sus resultados. Hacer filosofía a cañonazos es también llevar a cabo una acción nefasta. En virtud de este principio algunos líderes izquierdistas escribieron: Juzgaremos al R.P.F. (1) según sus actos, no según sus principios. Caro pagará el socialismo tal actitud. Porque si los principios son malos — y los del R. P. F. rebosaban de autoridad — malos tenían forzosamente que ser sus actos.

La política de aquellos izquierdistas era a cual más pesimista, era políticamente imbécil, pero con ribetes optimistas «para guardar las dos o tres ilusiones que necesita un pueblo para hacer ver que hace»; es decir, para engañarse a sí mismo, consagrada como está la nuestra de ser una época donde la metafísica se ha reducido a mantener un culto a la acción.

Cuando en 1939 se reprochaba al pueblo argelino ser demasiado pasivo por su falta de acción, Ca-

Crónica anticipada para un libro

por PABLO R. TROISE

Eugen Relgis no se siente disminuido por ser uno de los grandes solitarios del pensamiento contemporáneo. Se exilió y llegó al Uruguay. Aquí también la libertad se maneja como lugar común de unos contra otros, pero aquí cuando menos el hombre dice su verdad, afina sus aristas críticas, discrimina en pro y en contra de amigos y adversarios y alcanza algo de esa última luz que se desprende de la verdad de todos.

F. FERRANDIZ ALBORZ

En la metrópoli rioplatense hombres negativos dirigían los suplementos literarios y trataban por todos los medios de cerrarnos el paso. Pero nosotros crecíamos como esas plantas que lanzan metros y más metros de tallos vegetales para alcanzar la luz.

ANTONIO DE UNDURRAGA

Tenemos que decir algunas cosas que es preciso anotar cuando dejamos los «Últimos Poemas» de Eugen Relgis. Es necesario concretar ahora, cuando todo concluye en la insistencia de un testimonio que define tiempos y maneras de ser y de mirar, lo que fue alguna vez para nosotros — osados

CAMUS, EL GRANDE

mus respondió: «Es demasiado bajo decir que ese pueblo se adapta a todo, y agrega, el mismo monsieur A. Lebrun, (2) si no se le diese más que 200 francos por mes para vivir, terminaría acostumbrándose a dormir bajo los puentes, en medio de la mayor suciedad y a comerse los trozos de pan que de madrugada encontrara en las basuras de la calle».

No es el pobre culpable de su pobreza, como no es el hombre de acción culpable de rendirle culto a ésta cual si se tratara de un Dios con todos los atributos correspondientes.

Que no son culpables lo decimos ya al principio de este artículo.

(Continuará.)

M. CELMA

(1) «Rassemblement du Peuple Français».

(2) Presidente de la República francesa.

e incansables coautores de todas las versiones castellanas de los serios poemas de Eugen Relgis — esa preocupación indiscutible y esa responsabilidad activa con la que comenzamos, proseguimos y concluimos la obra que ofrecemos a los que nos siguieron y alentaron, y a los que silenciaron y negaron sistemáticamente toda nota, toda valoración, toda censura. Es el momento de apreciar — en Relgis — la posible vigencia de sus libros, de su obra poética plasmada ya sea en *Corazones y Motores*, sea en *Locura y siete Antifábulas*, En un lugar de los Andes o en los *Últimos Poemas*.

Naturalmente que serán los mismos los que compararán los cuatro rumbos y los que cerrarán la lo largo de títulos precisos que los gacetilleros y perspectiva que surge de los hechos reiterados a los duendes no llegarán a vincular, es cierto. Pero la obra, nuestro empeño, el ciclo, las idas y venidas sobre textos que nos podían superar, mirados desde la resonancia de «Fray Bentos» — la primera versión que realizamos — tendrán igual esa presencia limpia que no quiso quedarse detenida por tal de registrar su propio paso junto a la vibración americana que es la segunda realidad de este hombre. Así queremos ubicar su tiempo y así queremos ubicar su obra, porque así la debemos comprender. Con todo lo que tiene de extranjera, según dicen los líricos que vienen a parcelar el alma de los pueblos a partir del lenguaje de su gente, pero considerándola de paso con todo lo que tiene de objetiva, con todo lo que tiene de total.

Entonces vienen las segundas partes. Más que los testimonios alcanzados desde las más lejanas latitudes, a Relgis le preocupa todo aquello que no se quiso señalar a tiempo precisamente aquí, donde ha buscado la perspectiva cultural de América desde el 1947 en adelante; si no en favor, en contra, pero dicho con el convencimiento más tajante, con la sinceridad más agresiva, con la rotundidad más elocuente. No porque el coro diga de sus libros algo que pueda promover el éxito — su manera de ser no busca el brillo de los abanderados del «best seller» y es muy poco probable que lo haga precisamente ahora con poemas — sino porque es notorio y comprobable que los advenedizos se reparten el qué hacer con la crítica: elegir, y junto a esto o a la vez el hecho de qué hacer con el genio: improvisar.

Entonces, claro, la verdad se frustra pero vamos a ver qué es lo que ocurre. Ocurre que al dejarle a Eugen Relgis la serie de los «Últimos Poemas», vinimos a pensar, naturalmente, en sus poemas

del 41, preparados en tiempos del fascismo, cuando Rumania estaba sometida bajo la dictadura del general Antonescu; publicados y entonces clausurados y prohibidos porque algo «no procede»... Más que en las inscripciones de «Año nuevo», mucho más que en los títulos parciales de «Cosas, sensaciones y conciencias» y más de lo que puede conseguirse del lirismo centón de «Siempre el mar», cuando Relgis recuerda en «Testimonio» que siempre hay una sombra junto a todos, que siempre hay una ruta del destierro, que siempre existe un tiempo de callar. De modo que «creyendo que salvaba dispersas esperanzas errabundas, las reunió en los últimos poemas» en los que el tiempo se define solo, por encima de toda erudición. Así lo reconoce Theodor Loewenstein en la única crónica que existe sobre el último libro de poemas por el cual escribimos esta crónica.

Pero ocurre también que, recordando, vinimos a pensar que lo mejor era escribir apenas un acápite que resumiera su problema y bueno, lo que puede apreciarse en estas cosas de la literatura nacional. Por eso las palabras de Ferrándiz Alborz, por eso las palabras de Undurraga con su significado relativo. Pero, ¿por qué citamos a los dos? No somos optimistas y eso es todo. No estamos en el clima que se crea para que los demás pongan el hombro debajo de las cosas que decimos y entonces escribimos, por ejemplo, todos estos pro-domos rechazados abiertamente por los hombres-libros que saben el camino que conduce desde la medianía hasta la luz, desde el conocimiento **personal** hasta la proyección o la exclusión. Pero veamos cómo es esto en Relgis, veamos si procede la exigencia, veamos si procede la exclusión.

En plena adolescencia, como tantos, deja el puerto rumano de Constanza, llega a Constantinopla y cruza el Mármara. En Brussa y en Atenas busca el eco de la experiencia singular del mundo, y en las auditorias de los justos descubre de algún modo, para todos, la persuasiva erudición del «héroe» y el humanismo elemental del hombre. Pero vuelve a Rumania cuando el mundo se empecina en la forja de la guerra. Estudia arquitectura en Bucarest y quiebra la rutina de las aulas trabajando en obras y en las fábricas e irguiendo, con los muros de las fábricas, la sencilla razón del hombre nuevo precisamente cuando el mundo busca la negación violenta de la luz.

Ya existe la Rumania que es, sin duda — año 1916 — el triángulo insumiso de la muerte y el campo de la desesperación. Los soldados germanos promovían el éxodo masivo rumbo al Norte. Relgis retorna a su ciudad de Yassy y es requerido por «autoridades» que le exigen su aporte militar. Viene el automatismo irreverente, la «observación», la cárcel y por último la desmilitarización del hombre. Por ese mismo tiempo Relgis crea su primera revista: «Humanidad». Claro, con tiempos de censura extrema renovada a lo largo de los años en todos los países, de algún modo...

Pero nace la posibilidad de la vinculación personalísima. Relgis y el grupo Claridad y luego los

Resistentes a la Guerra y Relgis unidos a través de Runham Brown. La nueva ruta humanitaria empieza precisamente a registrar su nombre sobre las coordenadas de los otros, cuando los otros son los precursores de un estilo de vida diferente si es posible decirlo de este modo. Y nace el primer grupo humanitarista, el de 1923, el que recibe la adhesión de Han Ryner, Stefan Zweig, Forel y Nicolai. Ya no sorprenden sus resúmenes, sus traducciones, sus encuestas sobrias, sus poemas, sus croquis, sus principios. Ya no sorprenden «Pensamiento activo» y «El humanitarismo», dos revistas que son el medio de expresión directo para esa realidad que lo atraía.

Sin embargo vendría a sorprenderlo la sinrazón de la segunda guerra. De París a Rumania sólo importa la intranquilizadora realidad que puede apoderarse de su gente, de su familia, de su pueblo en suma. Lo demás es su propia consecuencia, lo demás es su propia condición. Cuatro regímenes totalitarios y dos guerras mundiales le reportan algo así como el hito reiterado que distorsiona el curso de su vida con la frecuencia que refleja — siempre — una disposición insobornable: la de hacer una obra de cultura que niegue la razón del hombre efímero.

Hasta que escuche el eco americano que le ofrece la nueva perspectiva de una misma creación, libre y fecunda. Y en el llamado Nuevo Mundo — dicen — la apacible ciudad del puerto franco por el que pasan transitoriamente las diferentes ráfagas del mundo. Escribe en las dos márgenes del Plata, y al crear cree justamente en algo que no se puede comparar con nada que no se deba referir al hombre. Publica entonces sus «primeros» libros desde su colección «Humanidad»; en «Americalee» y «Candelabro», o bien en «B. U. D. A.», «Hachette» y «Reconstruir».

Las Universidades amplifican sus testimonios sobre el hombre libre y editan y difunden ampliamente su perspectiva cultural de América. En Río la Academia de las Letras promueve la vigencia de sus libros y el ciclo americano de sus versos reforma por encima de los años la suprema virtud de un «De profundis» que no ha querido detenerse nunca.

Pero si no hay silencio hay soledad. Si no hay renuncia en Relgis hay olvido por parte de los mismos que hace mucho le ofrecían su propio continente y el aire limpio de su puerto franco. No es necesario compartir su idea, no es necesario comprender su estilo — mejorarlo a lo largo de los años — para reconocer que en él existen las razones de un hombre independiente que no niega su propia libertad. Aquellas grandes ráfagas del mundo son muchas veces demasiado efímeras, suelen tomar la dirección más cómoda, suelen seguir la inclinación más útil, galvanizadas en su giro, solas.

De tal modo que al fin uno comprende que es posible encontrar en ellas mismas esa especie de absurda inconsecuencia que nos hace olvidar de los maestros para quedarnos con nosotros mismos, desconociendo la virtud del tiempo desconociendo la virtud del hombre. Por estos mismos medios

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO CON «FRANCO, ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

per FLOREAL OCAÑA

(Continuación)

Mr. Lawrence A. Fernewort, célebre escritor norteamericano, corresponsal de «The Times», después de recorrer Badajoz y su provincia escribió un estrujante, conmovedor y veraz reportaje del que extraemos las siguientes líneas:

«La matanza de obreros, campesinos y personas de izquierda, realizada en la parte de la provincia de Badajoz, dominada por los facciosos, constituye una de las páginas más negras de la guerra civil española. Personas bien informadas estiman que se ha dado muerte a más de treinta mil de sus habitantes. Pero, sea cual fuere la cifra real, las pruebas de las matanzas son numerosísimas, casi ilimitadas.»

Transcribimos lo siguiente sobre un hecho que, por desgracia, fue repetido muchas veces por los fascistas: «Un domingo llevaron a todos los presos de la cárcel de Huesca a la catedral, donde celebraron un acto político-religioso. A un joven preso que se atrevió a protestar de que el templo fuese utilizado para fines políticos, lo llevaron a la sacristía, mientras el resto de los prisioneros regresaban a la cárcel. Al día siguiente, sus propios compañeros de infortunio fueron obligados a enterrarle. No presentaba ninguna herida. Había muerto asfixiado por haber sido encerrado en una estrecha cripta de la catedral.»

Toda España fue un Badajoz en manos de los clérigos, de los requetés, de los militares, de los falangistas y demás fascistas que recibían armas para dedicarse a exterminar a todas las personas sospechosas de izquierdismo.

Dada la personalidad universal de Miguel de

Unamuno no podían echarlo vivo o mal herido a la fosa común, a la pira o a la cripta, como a sujeto anónimo cualquiera, sin importarles la presencia de testigos; pero sí decidieron exterminarlo, de forma parecida, pero «científicamente», sin más testimonios que sus verdugos.

Los pocos datos veraces que hemos dado más arriba sobre la ferocidad criminal de los defensores del régimen franquista son para que a ninguna persona sorprenda y extrañe cuanto decimos a continuación sobre el fin de los días del ex-rector vitalicio de la Universidad de Salamanca. No sería ya la primera muerte que provocarían por asfixia.

A Unamuno, por lo ocurrido en octubre de 1936 en la Universidad salmantina, le deseaban la peor, la más horrible de las muertes. Y la concibieron, la prepararon y la llevaron a cabo con «astucia» suma. El 1º de enero de 1937 lo enterraron quizá en estado que pudiera reaccionar, en el interior de su sólido y seguramente «ampio ataúd», y se encontrara sepultado vivo para hacerle sentir, con horror, durante breve tiempo, que le pareciera una eternidad de angustia sin fin, qué clase de venganza eran capaces de llevar a cabo los trogloditas de las catedrales y de El Pardo.

Desde la fecha que sepultaron a Miguel de Unamuno, que tanto nos angustia al recordarla y al escribirla, porque sentimos que a ese grado de sadismo llegaron los especialistas en medicina criminal nazifranquistas al servicio privado del Movimiento Nacional que capitanea «Franco, ese hombre», han estado tratando de evitar se descubra que lo asesinaron por el clamor protestatario y de indignación mundial que se habría producido en perjuicio del régimen de terror y de muerte que representa la anti-España.

Sin embargo, creyendo haber burlado al orbe, el nazifasciofalangefranquismo se atreve a más: a mostrar, públicamente, en la misma Salamanca, su contento y deleite insanos, patológicos, hasta el frenesí de neurosis autoritaria agudizada para el asesinato alevoso de Estado «sin dejar huellas». ¡Por su éxito en el asesinato de Miguel de Unamuno!

Mucho le ha costado al régimen franquista dar ese mal paso que lo delata; pero lo ha dado después de haber pensado, retorcidamente, mil o más veces, que transcurridos treinta años nadie comprenderá la significación y el alcance de la impúdica perversa acción que escenifica Salamanca.

CRONICA ANTICIPADA

alcanzamos a comprender los círculos de tiza, y hombres independientes como somos nos animamos a ofrecer un libro que cierra todo un ciclo de poemas — las últimas versiones castellanas que vamos a escribir para el autor — con algo que es para nosotros mismos la imagen de una cruda realidad. Lo demás es la crítica que elige porque nació para elegir. Relgis lo sabe porque siempre ocurre. Por encima de todas las contiendas presente, sin embargo, que lo alcanzan las alboradas fijadas de Thoreau.

La honda satisfacción neurótica del franquismo, asesino, también, friamente, de García Lorca, crece al creer que a Miguel de Unamuno puede hacerlo víctima de un segundo atentado que aniquile su personalidad, sin ser descubierto, utilizando una especie de «cortina de humo» que lo oculte a los ojos de la humanidad toda: celebrando al mismo tiempo que el trigésimo aniversario de su «fallecimiento» ¡el primer centenario de su nacimiento que preferiría jamás hubiera ocurrido! Hipocresía y criminalidad del Estado nazifranquista elevada al cubo.

Siendo el régimen franquista-inquisitorial un Estado policiaco-militar que continúa en pie de guerra contra la España del Quijote, considera que con la precitada «cortina de humo» está aplicando la estrategia más acertada para tener éxito, sin riesgo, en la «última operación destructiva de cuanto Unamuno representa, en el presente, en el universo social y cultural.

¡Cuán útiles le han sido al franquismo los diversos doctores en medicina general, los psiquiatras y los psicólogos nazis especializados en la planeación «científica» de crímenes, llamados perfectos, contra los amantes de la libertad y del progreso científico-humanizado! Servidores de Hitler hasta 1945; y desde este año, «refugiados» en la anti-España, al servicio incondicional de «Franco, ese hombre».

Monumento a su perfidia y a su proceder destructivo y criminoso es el que el franquismo decide elevar en Salamanca sin atreverse a proclamarlo como desearía, dada su psicología esencialmente negativa, a viva voz, con todas sus fuerzas insanas, como sigue o con palabras más brutales: levantamos un monumento a Miguel de Unamuno con el feroz propósito de sepultar, tres décadas después de haber enterrado el cuerpo del mismo, su fecundo espíritu maldito que sigue influyendo, como si él viviera, en los inquietos miembros de la sociedad española. Si; vamos a celebrar, con júbilo inmenso, con fiereza canibalesca, el acontecimiento simulando sentir lo opuesto de lo que sentimos y pensamos realmente: ¡no haber asesinado mucho antes a Miguel de Unamuno!

¡Osadía villana y sádica la del franquismo! Pero el mundo del pensamiento libre no es tan torpe y ciego como la anti-España quisiera; y la España decente, trabajadora y estudiosa, que piensa por sí misma, sabe a qué atenerse al respecto.

¿Se comprende, cabalmente, por qué celebran el 1er centenario del nacimiento de Miguel de Unamuno sabiendo que éste se cumplió en 1964?

El franquismo pretende confundir al mundo y el que se confunde y pone al descubierto, sin desearlo, cuán monstruosa es su psique y su hacer destructivo y criminógeno, es él mismo.

Pese a las afirmaciones que «Franco, ese hombre», Gregorio Maraón, diversos militares, falangistas, eunucos intelectuales, etc., hacen sobre la «firme estabilidad» del régimen fasciofranquista su conducta indica el miedo cerval que experimentan por el futuro ineluctable que les reserva la España del Quijote.

Vedlos celebrar, por segunda vez, en Salamanca, el centenario precitado, porque no se atreven a festejar sólo el trigésimo aniversario del «fallecimiento» de Unamuno, que bien saben, los viejos franquistas no fue natural. A éstos les parece que se pondrían demasiado en evidencia, que se sentirían denunciados por sí mismos y por instinto animal puramente biológico, de conservación, no han tenido el valor de llevar a más alto grado su cinismo y su cruel malignidad.

En el Ateneo de Cuernavaca el primer centenario lo celebramos en 1964, y en 1965 hablamos sobre «Franco, ese hombre» para probar que el régimen de este dictador asesinó a Miguel de Unamuno. Hoy lo creemos más que ayer.

Por considerarlo, pues, de actualidad, pese al tiempo transcurrido, envío a la querida revista CENIT las charlas que sobre el enano de El Pardo pronunció el firmante en la misma capital del Estado de Morelos, en Cuernavaca. En las tierras en que Emiliano Zapata, revolucionario insobornable, dando carácter social a la Revolución Mexicana — que le costó ser asesinado por viles ambiciosos del poder político — con millares de campesinos morelenses defendió el lema que nuestro malogrado compañero Ricardo Flores Magón propagó por todos los ámbitos mexicanos resumiendo el ideal libertario por el que luchó con viril energía, denodadamente, hasta el fin de sus días: «¡Tierra y Libertad!

Estudiantes y profesores, de ambos sexos, de la Universidad de Morelos y de diversos centros docentes, como asimismo trabajadores manuales e intelectuales de distintas ideologías que intervinieron en la primera charla o principio del proceso contra el franquismo, propusieron durara la sesión que fueran necesarias.

Dos sábados de las 16 a las 19,30 horas y un domingo — el que siguió al segundo sábado — de las 10 a las 14 horas duró el enjuiciamiento del criminógeno régimen nazifranquista que trata, inútilmente, de presentarse ante el mundo como «civilizado». ¿Cómo? Intentando, en particular, apropiarse la personalidad de Unamuno al que hoy repudia más que ayer, porque continúa combatiendo al franquismo por medio de los estudiantes universitarios, de Salamanca y de las demás Universidades de toda España, que hacen suyo el pensamiento quijotesco unamuniano, siempre vivo, actuante, y ¡no el contradictorio y erróneo que Unamuno expuso a menudo antes del 18 de julio de 1936!

Y no están solos los estudiantes jóvenes, esperanza de la España del Quijote, que defienden, en la medida de lo posible, en las actuales circunstancias, el derecho inalienable a ser libres y el carácter universalista que han de tener las universidades avasalladas hoy por la anti-España: con ellos coincide buen número de intelectuales de probado valor social y humano, los trabajadores avisados, la Confederación Nacional del Trabajo de España, que no claudica, y el Movimiento libertario en general, que más íntegramente interpretan los anhe-

los populares hispanos de libertad y bienestar para todos los españoles.

Al finalizar la tercera sesión una joven catedrática de filosofía, que asistió a las tres sesiones, propuso se llegara a una conclusión que redactara el propio conferenciante que había admitido amplia discusión libre.

La proposición hecha por la maestra, que se distinguió por las muchas preguntas que hizo al respecto, y por las atinadas intervenciones que hacia, seguidamente, fue aceptada por los reunidos como asimismo por el propuesto — el que escribe — que, a vuela pluma, en el mismo instante, escribió la concreta declaración siguiente que, leída y puesta a la consideración del público fue aprobada por unanimidad:

«A los asistentes a las charlas que han tenido lugar en este Ateneo del Estado de Morelos no nos

cabe la menor duda de que el franquismo, que ha proscrito todas las libertades en España, y que pretende, inútilmente, acabar con la libertad misma, asesinó a Miguel de Unamuno, denodado e insigne defensor de ésta y de aquélla.

»Con menos, con muchísimos menos datos e indicios circunstanciales condenatorios que los expuestos y analizados durante las tres sesiones de esta especie de proceso popular contra la ominosa dictadura teocrática-militar que capitanea Francisco Franco muchos individuos humanos, por actos que los Estados de todas las latitudes castigan con la última pena, han sido considerados culpables y condenados a muerte por la justicia histórica.

»El régimen franquista merece esta misma condena mil veces más, quedando muy cortos, por un millón de victimados por sus acciones asesinas o más de razones éticas, sociales y humanitarias».

(Continuará.)

Libertad para todos

«No somos amigos de los clericales, a quienes consideramos como los peores enemigos del pueblo; no tomamos en serio sus elogios de la libertad, pues sabemos lo que han hecho cuando eran los más fuertes, y lo que harían si lograsen tomar la supremacía. Pero, ¿cómo habría de tomar la gente en serio nuestras protestas en favor de la libertad si nos mostramos tan predispuestos como todos a impedir a los demás la libre expresión de su pensamiento, y si en lugar de oponer la propaganda a la propaganda recurrimos en cuanto podemos al arma de los gendarmes?

»... Si el sacerdote ha hecho tanto mal, si sigue siendo el gran peligro del porvenir, no es porque tiene y propaga creencias absurdas, sino porque ha impuesto esas creencias y quisiera imponerlas todavía con la fuerza; no es porque oponía San Agustín a Giordano Bruno, y Ptolomeo a Copérnico y a Galileo, sino porque atormentaba a Galileo y condenaba a la hoguera a Giordano... El báculo no hace más que crear déspotas y esclavos. El báculo es toda la religión: el resto no es sino una explicación más o menos absurda del sistema del mundo, que corresponde a la ciencia criticar, corregir, destruir. ¿Qué importa que se inscriba en las banderas viva el papa o viva la anarquía? ¿Qué importa que se crea en la Biblia o en Carlos Darwin, si luego, en sustancia, se permanece obligado a pensar como quieren los demás?

»Anarquistas, sabed ser hombres de libertad. A la violencia física, oponed, ya que es necesario, la resistencia física; pero, a la propaganda, oponed la propaganda, nada más que la propaganda. Pues de otro modo la gente creará, y no sin razón, que cuando seamos nosotros los más fuertes seremos tiranos igual que los demás, y que la anarquía será una palabra vana, como ha sido vana la palabra libertad, de que los burgueses, antes del triunfo, se decían los defensores. Combatamos al sacerdote, pero no con armas de sacerdote.»

Enrique MALATESTA

España en la Edad Moderna

por **Abrahám Guillén**

Tesis sobre su historia: de la unidad nacional y el imperio a la decadencia

(Continuación)

LA historia de España ha entrado muy poco en la política y en sus cuadros dirigentes, tanto de izquierda como de derecha, sin visión dialéctica, a lo sumo con un criterio sicologizante, idealista. En general, los líderes y las masas populares ignoran la historia hispana, que va más allá de su propia existencia biológica. Quizá se quiere aludir al análisis histórico, en su relación con la política, la economía y la sociología, para seguir fijándolo todo a la hojarasca de la bella frase, a la política de forma y no a la de contenido, a utópicas improvisaciones.

Para dar una idea de nuestra historia, de la edad moderna, en una apretada síntesis, nos parece oportuno concretar nuestros puntos de vista en las tesis siguientes:

I. — Historia y nación: Luego de la batalla del Guadalete (711), España se fraccionó en reinos independientes musulmanes y cristianos. El Norte se vinculó al feudalismo europeo y al cristianismo; el Sur, menos feudal, formó una nacionalidad poderosa bajo el califa Abderraman III (siglo X). Mientras la España musulmana estaba unida, en el Sur, bajo el signo del islamismo, antes de los «reinos de taifas», dictó su política a los príncipes cristianos del Norte, que peleaban los unos contra los otros, invocando la misma religión, pero diferentes intereses privados o feudales. Esta atomización de la España feudal difirió por ocho siglos la unidad nacional: la Reconquista, que debiera haber durado poco tiempo, transcurrió, penosamente, durante ocho centurias, de barbarie y analfabetismo en el Norte, mientras la cultura clásica brillaba en Córdoba, y Abderraman III se constituía en el más poderoso monarca de su siglo. Ello fue posible porque Almanzor, su gran visir, aniquiló a los feudales árabes haciendo, en el siglo X la misma revolución que las naciones cristianas hicieron durante la época del «despotismo ilustrado», en Europa, con la formación de las monarquías absolutas, de las nacionalidades, entre los siglos XV y XVIII.

Bajo el signo del Renacimiento y de la Reforma, España, Inglaterra, Francia y Suecia se constituyeron en grandes potencias nacionales. España, luego de la caída del reino moro de Granada, más el descubrimiento de América, creó la más poderosa potencia europea: el siglo XVI marca el máximo esplendor del Imperio hispano, con los Reyes Católicos y Carlos V, que comenzará a declinar con Felipe II: un rey reaccionario, que quiso aplastar al capitalismo protestante europeo, porque él seguía siendo un monarca de corte feudal, a pesar de que tenía el oro de las Indias y un vasto imperio, para desarrollar ampliamente la revolución industrial de signo capitalista.

2. — Grandezas y miserias del Imperio español: A pesar de nuestra grandeza geográfica, de que no se ponía el Sol en el Imperio español, con una Monarquía feudal y una Iglesia medieval, que utilizó la potencia económica y militar de España para combatir a los príncipes protestantes y a los turcos, España era un país empobrecido: nuestras industrias no prosperaron, sino que retrocedieron, pues la aristocracia española prefería cambiar el oro de Indias por bienes y servicios importados de Francia, Italia, Holanda e Inglaterra, a realizar inversiones industriales, en el propio solar nacional, para industrializar al país y crear un activo comercio con nuestras colonias.

La España imperial de la época de Carlos II «El Hechizado» tenía la mitad de los habitantes de la España árabe del Califato de Occidente. Y es que todas nuestras conquistas en América fueron conquistas para la Iglesia y la aristocracia, que vivieron la «quimera del oro», en vez de transformar el oro en industrias, para industrializar la colonización hispana en América, para mantener nuestra posición de primerísima potencia en Europa.

3. — Religión y política: En Europa, el protestantismo abrió las perspectivas históricas al capitalismo, a la sociedad burguesa, al Estado burgués: la religión se subordinó a la política. En España, primera potencia de Europa, en el siglo XVI, el catolicismo se opuso al desarrollo del capitalismo, se afincó en un feudalismo impropio para desarrollar la sociedad industrializada y el comercio con las colonias de América: la política fue sometida a los dictados de la religión, al Tribunal del Santo Oficio, que aplicaba la persecución inquisitorial, como instrumento de la política de la aristocracia y de la Iglesia.

Para tener unidad religiosa, la Iglesia impuso a los Reyes Católicos y a Carlos V la expulsión de los artesanos, agricultores, maestros y oficiales judíos y moriscos, que podrían haber modernizado nuestra agricultura y creado una sociedad burguesa industrialista, en su verdadera época.

Ahora el «Opus Dei» sigue siendo una sociedad secreta de la Iglesia, un Santo Oficio disimulado, mientras el franquismo intenta desarrollar el capitalismo, que debimos crear en la época de nuestro imperio. Como la teología confunde la economía y la dialéctica con una mala visión de las fuerzas históricas y la lógica de los hechos, España, bajo el franquismo, se plantea en el siglo XX los problemas del siglo XIX. Nuestra salida histórica hacia la sociedad industrializada no pasa por el capitalismo, a destiempo, sino por el socialismo, por la sociedad socialista, como en todos los países subdesarrollados, que tienen que ganar el tiempo de acumulación de capi-

tal, que han perdido bajo la dominación del feudalismo nativo y del imperialismo económico.

4. — Imperialismo e historia: El Tratado de Cambrai marca la preponderancia del imperialismo hispano en Europa, el Tratado de Westfalia el ascenso de Francia y el Tratado de Utrecht el predominio de Inglaterra. La ley de desarrollo económico desigual de país a país determina la creación, decadencia y disolución de todos los imperios y civilizaciones.

España no debe vivir del recuerdo de viejas glorias, para conformismo de intelectuales tísicos o de pequeño-burgueses de corte nazi-fascista. Lo que importa, al presente, no es pensar en imperios, sino en la colonización interior y no en la exterior; pero en base a disolver el feudalismo nativo y el capitalismo raquítico, para desarrollar las fuerzas productivas, en la agricultura y la industria y los servicios públicos.

Antes fuimos a expropiar a los pueblos vencidos, en nuestros dominios coloniales, ahora debemos expropiar a los expropiadores de nuestro pueblo, para que haya desarrollo económico, tecnológico y cultural en beneficio de todos y no sólo de las oligarquías privilegiadas, causantes de nuestros desastres históricos, políticos y económicos.

5. — La decadencia española: En el siglo XIX se emanciparon las colonias hispanas de América porque no supimos crear una comunidad de naciones libres con ellas, porque no teníamos nada cultural y tecnológicamente que llevarles, porque otros países europeos, más industrializados que España, podían sustituir la colonización bajo bandera española por la colonización financiera. Inglaterra, gran potencia industrial del siglo XIX, heredó el comercio español con América, confirmando, en provecho propio, la libertad económica de los países hispanoamericanos. A finales del siglo XIX, Estados Unidos, con la misma política que los británicos, pero más agresiva y colonialista, nos despojó de nuestras últimas posiciones: Filipinas, Cuba y Puerto Rico. La flota yanqui inos desalojó por la fuerza de sus cañones del Pacífico y del Caribe, pero ahora Franco la ha metido en el Mediterráneo y en el Cantábrico. «Cosas veredes, Sancho, que harán hablar las piedras», decía don Quijote.

6. — El problema mediterráneo: Para dominar el Mediterráneo occidental y central, la Francia burguesa buscaba, en el siglo XIX y principios del siglo XX, su dominio colonial sobre el Magreb despertando con ello recelos estratégicos en Alemania e Inglaterra, que no querían renunciar, caso de guerra con Francia, a la libre navegación por el Mediterráneo. Sibilinamente, Francia asoció al despojo de los pueblos norteamericanos a dos potencias secundarias: Italia y España, para neutralizar a Inglaterra y Alemania.

La rivalidad anglo-francesa en África se manifestó con intrigas palaciegas en Madrid. Desde Pitt a Palmerston, Inglaterra nunca quiso que se repitiera el «pacto de familia» entre España y Francia, como bajo la monarquía borbónica. La guerra de sucesión a la corona de España, luego de muerto Carlos II «el Hechizado», nos fue impuesta con la complicidad de la Iglesia española, que quería un rey católico, para poder dominarlo, mientras España se desangraba y quedaba reducida a una colonia de los imperialismos europeos, sin un partido nacional que la defendiera.

Las guerras carlistas, en su periodo culminante de 1833

a 1846, tenían en la trastienda estratégica y diplomática, que las motivaba, a ingleses y franceses; Inglaterra apoyaba a los carlistas; Francia a los liberales; pero no por amor a una dinastía determinada o a la libertad en España, sino más bien para dejar adormecido a un país que, si se industrializaba, echaría a los británicos de Gibraltar y detendría la expansión colonial francesa en el Norte de África.

España, por su posición geoestratégica y geoeconómica, debe volver hacia África, que es su verdadero camino, pero no con políticas imperialistas anacrónicas, sino para integrarse en un mercado común con el Magreb, a fin de crear una gran potencia del Mediterráneo occidental, basada en un gran desarrollo económico y tecnológico, que detenga al imperialismo en esta importante parte estratégica del mundo: camino de tres mares y de tres continentes. Tal debe ser la política española, mano abierta para África y cierto recelo al imperialismo financiero del Mercado Común Europeo, que quiere colonizar a España y, por medio de ella, volver sobre África, a tener una retaguardia estratégica lejana contra los países del Este europeo, en la península ibérica.

7. — España y África: Casi todas las corrientes de la civilización han venido hacia España por África; las culturas neolíticas y de la edad del bronce vinieron del Norte de África; Cártago y la civilización musulmana entraron a España por el estrecho de Gibraltar, llave del Mediterráneo occidental, todavía en poder del imperialismo británico; en fin, África representa para España un puente de mayor comunicación histórica que Europa o, por lo menos, tan importante como el cordón umbilical que nos liga a Europa. El Estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo occidental tienen mejores comunicaciones, entre España y África, que entre Francia y España; los Pirineos son una barrera mayor que el mar.

Debemos, en el futuro inmediato, ser puente entre Europa y África, pero con más afinidad política con los países subdesarrollados africanos que con la Europa capitalista. Lo que cuenta, actualmente, no es la pertenencia continental, sino la identidad de fines políticos, económicos, culturales y sociales. La revolución libertadora de las masas populares viene ahora más de África que de Europa occidental. Como España es un país en desarrollo, tiene más afinidad con los países subdesarrollados de África que con la Europa burguesa, que se orienta hacia la colonización financiera de nuestro país, engulléndolo dentro de la Comunidad Económica Europea. Con los países africanos podemos estar en condiciones óptimas de asociados; debemos abrirles nuestras universidades, escuelas técnicas, comercio e industria, en una asociación libremente consentida, en beneficio de un conjunto supranacional, sobre todo, con un Magreb unificado, sin imperialismo económico y estratégico de la Europa capitalista, en el Mediterráneo occidental.

8. — El despertar de los pueblos africanos: Hacia 1936, todas las comunidades indígenas africanas estaban colonizadas. Abisinia, el último estado africano independiente, era avasallado por la Italia fascista. Entre 1890 y 1901 había terminado, prácticamente, el reparto colonial de África, entre las potencias imperialistas europeas. En 1903, el Magreb se rendía a la colonización francesa con la ayuda de España, que hacía de socio menor de Francia, en el despojo de los pueblos norteafricanos. Por los tratados franco-españoles de 1900, España fijó su dominio en Río

de Oro, y en 1901 su pritectorado en Marruecos (una pequeña zona estratégica del Imperio marroquí), que interesaba a las grandes potencias europeas estuviera en poder de España, para que no llegara al estrecho de Gibraltar el ejército francés. Inglaterra tenía interés en limitar el imperio africano de Francia ante el Sudán y lejos de Gibraltar, haciendo zona internacional a Tánger, para que España fuera más débil en el estratégico estrecho del Mediterráneo occidental.

Contra una pequeña participación en el reparto del Imperio marroquí, España dejó las manos libres a Francia sobre el Norte de África, justificando y defendiendo el coloniaje francés en Marruecos, Argelia y Túnez. Alemania, que estaba estratégicamente contra Francia, pretendía un Magreb independiente, para debilitar a los franceses: pero éstos, apoyados por Inglaterra y España, se quedaron en el Norte de África. En compensación, el imperialismo germano de Guillermo II recibió las colonias de Camerun y el Togo, en el África occidental tropical. A su vez, Italia recibió su parte en África: la colonia de Tripolitania.

En este reparto imperialista de África, España, que no tenía poderío industrial económico, que acababa de perder su Imperio, en Asia y América, frente a la flota norteamericana, era un convidado de piedra en la conferencia de Algeciras (1906). Por su extrema debilidad se le dio el protectorado marroquí más estratégico, cerca del estrecho de Gibraltar, dado que España no podría impedir, por falta de industria pesada, la libre navegación por el Mediterráneo occidental, con lo cual quedaban satisfechas las grandes potencias imperialistas europeas: Inglaterra, Alemania y Francia, en los comienzos del siglo XX.

Desde la entronización de la casa de Borbón, España no poseía una política internacional independiente; no tenía ninguna política; pues no jugó ningún papel en la Triple Alianza o en la Triple Entente. Ahora estamos aliados con Estados Unidos por el pacto hispano-norteamericano, que no contempla nuestros intereses nacionales ni en Europa ni en África, sino los objetivos estratégicos, económicos y políticos de Estados Unidos en África, Europa y Oriente Medio. El pacto con el Pentágono nos compromete en todo con Estados Unidos; pero no nos da nada — en compensación — nada, como no fuera ser furrieles de los yanquis en la retaguardia contrarrevolucionaria europea o contra los pueblos norteafricanos, que acaban de sacudirse el pesado yugo del coloniaje y han comenzado a realizar profundas revoluciones nacionales, no del agrado del imperialismo del dólar o del imperialismo europeo.

Si en 1936, casi ningún estado africano existía o ningún país era independiente, en 1967, África, salvo los restos del Imperio portugués (que es de los británicos económicamente), todos los pueblos africanos son libres. Esta realidad significa que España, país euro-africano, debe estrechar sus lazos con los pueblos independientes africanos, particularmente con el Magreb, en una alianza efectiva, que consolide las revoluciones nacionales norteafricanas e igualmente la revolución ibérica, que siga a las dictaduras fascistas de Franco y de Oliveira Salazar.

Nuestro objetivo histórico inmediato es realizar la unidad ibérica, dentro de una República federal, que unifique a portugueses, catalanes, vascos, gallegos, andaluces, extremeños, aragoneses, murcianos, valencianos, insulares y castellanos, navarros y asturianos, bajo una socie-

dad supranacional que planifique la economía; unifique la diplomacia y la defensa y permita una larga autonomía a las regiones federadas, en el aspecto administrativo. Una vez resuelto el problema de la unidad ibérica, debemos acercar nuestra política exterior a los países del Magreb, para crear un mercado común entre Iberia y el Magreb, que nos dé perspectiva histórica y poderío frente a los restos del imperialismo, que pudiera interferir en nuestras revoluciones nacionales, para detenerlas o aplastarlas, si Iberia y el Magreb se mantienen desunidos.

La Europa imperialista y el Pentágono tienen interés en que el Magreb e Iberia se mantengan desunidos y, si posible, como enemigos, para lanzar a España como vanguardia contrarrevolucionaria represiva de los movimientos sociales o socialistas norteafricanos. En adelante, lo que cuenta no es dividir a los pueblos fronterizos por los mitos de la religión, musulmana o católica sino buscar la unidad de propósito en la identidad de aspiraciones políticas, sociales, económicas y filosóficas.

España y África han sido separadas, aisladas herméticamente, por la oposición de las religiones católica y musulmana. En el futuro inmediato, debemos suprimir esos problemas teológicos para ser más lógicos, para unificar nuestros esfuerzos en nuestros movimientos de liberación, que son idénticos, en lo fundamental, pues España tiene los mismos enemigos que el Magreb: el feudalismo residual y el imperialismo, ya que las diferencias religiosas entre islamismo y cristianismo son de pura forma, es decir, pertenecen al pasado.

9. — No debemos ignorar nuestro pasado árabe: Entre el siglo VIII y el siglo XV, la España árabe creó una cultura refinada: una síntesis de las culturas griega, persa y egipcia que penetraron, en nuestro país, con la llegada de los árabes. Del siglo VIII al X, mientras la España musulmana se mantuvo unida, fue superior en ciencia, cultura, técnicas y economía a los reinos hispanos feudales. Del esplendor de la civilización árabe quedan en España vivos ejemplos: la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, la Giralda de Sevilla y otros monumentos.

Los árabes hispanos tradujeron las obras de Aristóteles, Ptolomeo, Galeno y de otros pensadores clásicos. Averroes, filósofo hispano, creó las grandes corrientes filosóficas de la Edad Media, comentando la obra de Aristóteles. La matemática, la astronomía, la alquimia y otras disciplinas alcanzaron gran desarrollo en la Córdoba del Califato de Occidente. La España árabe fue el gran vínculo entre el Oriente bárbaro y el Oriente ilustrado. El comercio mundial fluía por el Mediterráneo y el Norte de África sólo bajo pabellón árabe: luego de la expansión del Islam hacia el Norte de África y España, quedando así cerrada la ruta marítima del Mediterráneo occidental.

Hasta Iberia llegaban mercancías del Oriente, de la China y la India: especias, tapices, terciopelos, cueros, cobres y otros artículos. Los árabes introdujeron, en nuestro país, la caña de azúcar, el algodón, el arroz, la morena, el cáñamo, el azafrán y otras plantas de gran valor para la economía humana. La agricultura ibérica se cubrió de canales de riego, dando lugar a una producción abundante, tanto que la España musulmana, en su esplendor, tenía más millones de habitantes que en la época del Imperio de Carlos V. Con la civilización árabe se introdujo en España, antes que en ningún país de Europa, la brújula, la pólvora de cañón y el papel de trapos.

Iberia era, hacia el siglo X, el país más próspero y poderoso de Europa: tenía 12 millones de habitantes y Córdoba un millón de almas.

Pero la civilización musulmana comenzó a agotarse por la rigidez de su religión, que fosilizaba la política, la cultura, las clases sociales, creando así un orden social inmutable y una forma de Estado sin devenir dialéctico. Actualmente, las revoluciones norteafricanas — Egipto y Argelia, principalmente — representan un renacimiento de la cultura árabe, pero en un plano superior que implica, en cierta medida, una reforma religiosa. El mundo cristiano tuvo su reforma religiosa, en el siglo XVI, mientras que los árabes, aunque con diversas sectas islámicas, no la hicieron, para acondicionar su historia y su política a las cambiantes del devenir dialéctico del mundo.

Los nuevos estados africanos y del Oriente Medio, que se han lanzado a las reformas sociales y económicas, darán al mundo árabe su verdadera dimensión, en el futuro inmediato. España tiene ocho siglos de cultura musulmana y mucha afinidad de raza y de economía, de estrategia y de diplomacia, con los jóvenes países norteafricanos.

10. — El feudalismo español: En España, los castillos feudales dominan, como en Europa, la Edad Media: cada villa o burgo tuvo su señor, pero con más libertad para el pueblo que en Europa. El Cid no fue un palatino como Lancelot o Tristán, sino un caballero que defendía los fueros del común contra el absolutismo del poder real.

En el feudalismo hispano, bajo el signo de las guerras de reconquista, se desarrollaron las órdenes religiosas militares de Calatrava y Santiago, que dieron a los obispos tanto poder como a los nobles. Por eso, la Iglesia siempre ha sido primera potencia en España: los obispos españoles eran tan generales como dirigentes religiosos. Y al unirse, en el disfrute de la propiedad agraria, la Iglesia y la Nobleza, el feudalismo hispano ha llegado hasta el siglo XX. Bajo Felipe III y Felipe IV, los duques de Lerma y Olivares fueron, en realidad, primeros ministros de la Iglesia.

Bajo el signo de la gran propiedad como símbolo de la riqueza, España no se ha industrializado, perdiendo su posición imperial, prolongando la existencia de la monarquía absoluta más allá de su debido tiempo histórico, cuando en Europa la burguesía ejercía el Poder, para desarrollar la industria y el comercio, nueva forma de la riqueza.

Todavía está por hacerse, en España, la revolución contra el feudalismo residual y la unidad nacional (fusión federativa de España y Portugal), lo cual constituye el principal inconveniente para impulsar el desarrollo económico, cultural y tecnológico en la península ibérica. ¿Cuándo haremos los españoles con los terratenientes lo que hicieron los franceses con sus feudales, en el siglo XVIII?...

11. — Reforma y contra-reforma religiosa: En el siglo XVI, Europa es sacudida por la Reforma religiosa, para abrir perspectivas al capitalismo, para que ascienda al Poder político la burguesía. En España, al contrario, se hace la contrarreforma: la Iglesia se hace más reaccionaria, unificando la espada y la cruz. Así se mató, en nuestro país, la posibilidad de desarrollar la revolución industrial capitalista. La Inquisición española fue dirigida contra todo intento de aburguesar a España, manteniéndola alejada de los ideales burgueses, del espíritu protestante. La milicia de Cristo se transformó en arma po-

lítica contra el progreso expulsando a judíos y moriscos, llevando a cabo persecuciones sin cuento y autos de fe contra los hombres y las ideas progresistas.

Frente a Lutero, Calvino y Zwinglio, los españoles opusieron a Ignacio de Loyola, para imponer el catolicismo medieval, favorable a los feudales.

Hoy los jesuitas se han hecho mercaderes y burgueses: un franquismo sin Franco, para desnacionalizar las 111 grandes empresas del INI y dejar que entren los capitales yanquis y europeos en España, soldados a los monopolios industriales que controla la Compañía de Jesús. Esta perspectiva plantea un problema muy importante: ¿Y después de Franco... qué? No es cuestión de emborracharse de libertad antifranquista y de entregar la economía nacional al imperialismo, el feudalismo residual y el clericalismo publicano.

La Iglesia ha detenido las fuerzas históricas en España para mantenerla en feudalismo, cuando debía, con la llegada del oro de Indias, entrar en el capitalismo; ahora intenta congelarnos en el capitalismo raquítico, cuando medio mundo se dice socialista y los países afro-asiáticos se han desprendido del capitalismo libreempresista. Si la Iglesia se empeña en ser el partido político dirigente de España, para mantener las viejas estructuras sociales, económicas, culturales y políticas, que se oponen al bienestar popular, entonces «delenda est Ecclesia»; entre España y la Iglesia hay que decidirse por España, es decir por el pueblo español.

12. — Historia e industrialización: Mientras España continuaba apegada a las viejas estructuras feudales, en los siglos XV al XVIII, Inglaterra, Francia y Holanda desarrollaban sus industrias textiles, metalúrgicas, construcciones navales, armamentos y sustituían la madera, como fuente de energía, por el carbón mineral, nuevo pan de la industria, con la introducción de la máquina de vapor. El feudalismo español se opuso a la industrialización capitalista y con ello hundió la base económica, que hubiera sostenido históricamente el Imperio hispano. Mientras la cota de malla, la pica y la espada fueron las armas decisivas, España fue primera potencia; pero al llegar la metalurgia del carbón mineral y la máquina de vapor, no teníamos más que pequeños talleres y no fábricas; barcos de vela y no de vapor; todo ello para mantener nuestro poderío imperial en cuatro continentes.

La Europa capitalista cambió el taller manufacturero por la fábrica movida por la máquina de vapor; protegió sus industrias; y creó grandes villas industriales al calor de la revolución industrial. En España, en vez de crecer las ciudades mercantiles e industriales, éstas se despoblaron: (Sevilla, Segovia, Toledo, Almería, que habían brillado en la época árabe, redujeron su número de habitantes). Los nobles españoles cambiaban el oro de Indias por productos industriales europeos: compraban sus tejidos, armas y artículos para el hogar en el extranjero, arruinando así las ciudades industriales españolas. Sin industria pesada, el imperialismo hispano era de cartón: se mantenía con permiso del extranjero, luego de la decadente monarquía de Carlos II «El Hechizado». Hemos tenido todas las oportunidades históricas para ser una gran nación, pero las hemos desaprovechado: entramos en el imperialismo antes que ninguna nación europea, pero no fuimos capaces de desarrollar el capitalismo. ¿Cómo toleraríamos ahora que Franco o los grupos social-cristianos nos quieran lanzar hacia un capitalismo resi-

AVES ERRANTES

Muchos lo han escuchado en sus penínsulas remotas
 Sus llanuras adormiladas, sus islas perdidas de pescadores
 O desde el fondo de sus metrópolis corrompidas
 Lo han escuchado, y han emprendido su emigración parecida a la de las gaviotas o del polen de las flores
 Se han enganchado a los grandes expresos que atraviesan lentamente
 Los países de la iniquidad, la noche y los túneles de los Alpes; Han franqueado los océanos
 Y los picos de las montañas. Todos ofrecían su vida.
 En esta tierra árida. Este fragmento cortado del África ardiente
 Groseramente soldado a la inventiva Europa;
 En esta llanura profundamente surcada por los ríos,
 Nuestros pensamientos han tomado cuerpo; las formas amenazadoras entrevistas en las horas de fiebre
 Se hacen más precisas, más vivas. Pues los temores que nos hacían sensibles
 A los prospectos farmacéuticos y a la propaganda de los cruceros de invierno
 Se han convertido en batallones de choque;
 Y nuestro rostro, ese rostro anónimo de la muchedumbre, el «uniprix», la ruina
 Proyectan su ardor como el escuadrón de artillería y la bomba.
 Madrid es el corazón. Nuestros instantes de ternura florecen
 Como la ambulancia y el saco de arena;
 Nuestras horas de amistad florecen en el ejército de un pueblo.

..

La libertad es más que una palabra, más que la abyecta invención
 De los hombres de Estado, el cheque impagado del tirano, o la moneda
 Devaluada de un soñador loco. Es mortal, lo sabemos,
 Y hecha a imagen de los hombres sencillos que no tienen gustos de carnicerías
 Pero prefieren matar y hacerse matar antes que ver su imagen pisoteada.

..

Los ojos de los hombres que corren, caen y gritan
 Los ojos de los hombres que aullan, sudan y sangran
 Los ojos de los miedosos, de los tristes
 Los ojos del agotamiento y de la locura
 Los ojos de los hombres que piensan, confían, esperan
 Los ojos de los hombres que aman, juran, odian
 Los ojos de los heridos húmedos de sangre roja
 Los ojos de los moribundos y los ojos de los muertos.

ESPAÑA EN LA EDAD MODERNA

dual, del cual están ya de vuelta los pueblos del Este y los del «Tercer Mundo», al cual pertenecemos? Nuestra tarea histórica es lanzarnos al socialismo para ganarle la

batalla de la técnica, de la cultura y del progreso económico al mundo capitalista, que nos ha depasado de dos siglos con el capitalismo desarrollado.

París - Seúl, sin retorno

por GUERRERO LUCAS

SIN retorno, via Alemania: Shim Sang Pil, Han Tehol.Sou, Sung Dou Yung.... Son mis desaparecidos de hoy. Amigos desconocidos. No me importa su tendencia. Seres libres o con ansias de serlo. Sin duda de los que sólo se reconocen felices en la felicidad del mayor número. Originarios de un país dividido por una guerra fría en la que nunca han faltado los paréntesis calientes. En Berlín, Frankfurt, París, trabajaban, estudiaban... vivían, iba a escribir, pero me detengo a tiempo. Siempre resulta arriesgado decir que el exilio es vida. Palabra total, la más expresiva e intensa de cualquier vocabulario, que en el desenraizamiento se descubre empobrecida, por no decir sin sentido. Sólo los indiferentes, los incapaces de espíritu, logran vivir plenamente lejos de la tierra propia.

Pero ¿indiferentes, ellos, que han sabido decir no; que han rechazado la comodidad de la sumisión? Arrancándose a su mundo, tan dispar del que formamos, han venido al Occidente a sentir otra idea-patria y, más que a sentirla, a expresarla libremente. Se ahogaban en su Corea de rigideces castrenses y oscuridades facciosas. Traían en el corazón, como íntima riqueza, una visión de su pueblo casi en nada coincidente con el designio uniforme de la barbarie estatal. Una imagen superior del país de que son fruto. Claro, han conspirado un poco. Contactos estudiantiles, participación a ciertas reuniones democráticas — naturalmente sospechosas a los ojos de los necios gobernantes de Seúl —. Y el crimen imperdonable: alguna carta o visita cruzada con la Corea del Norte.

Porque, igual que en el Vietnam, en Laos, en el Yemen, Gambia o la propia Alemania, las bastardas ambiciones del expansionismo económico; la pugna imperialista — teóricamente ideológica — de los bloques en disputa por la hegemonía mundial, parten bruscamente en dos aquella lengua de tierra, confín del Lejano Oriente. Pyongyang - Yang-Seúl. Norte-Sur. Comunismo ruso-chino o paz «a la americana». Marines y guardias rojos. Un todo carnal se quiebra. Escenario del atroz enfrentamiento entre salvadores despiadados. Entre profecías arrogantes que la simple experiencia histórica debería

hacer más modestas. Fronteras artificiales, paralelos, no man's lands... Un pueblo que se devora al son de intereses extraños llenos de grandilocuencias diariamente desmentidas por la realidad sangrienta y miserable que generan. Por la exasperación impotente de los actores-víctimas del absurdo exterminio colectivo. Por las tristezas interrogadoras de los niños. Por el duelo fratricida que tales «salvaciones» entrañan...

...Lo mismo; igual que en el Viet-nam.

Contra este estado de cosas alzaban su descontento los hombres de que aquí trato. Hombres desaparecidos como por arte de magia. ¡Epoca feroz y prodigiosa en que la varita mágica adquiere formas de sabueso con crédito diplomático. En que lo sobrenatural se cala gorra de plato. Y los protestones dejan al fin de dar guerra, adornado su silencio de los suspiros de alivio lanzados por sus verdugos! Así se esfuman los hombres reos de no conformismo: Sorprendidos, sin posible resistencia, en el lecho. Cogidos, en plena calle, por el automóvil que rueda demasiado despacio y del que no se ha desconfiado a tiempo. Convocados urgentemente a su embajada, que sólo abandonarían anestesiados, camino del aeropuerto, camino de las torturas y la cárcel.

Pues tal ha sido el destino final de estos desaparecidos. La ya impresionante crónica negra de la justicia subordinada a la ra-

zón de Estado cubre, en este caso, una página singularmente deshonorosa. La culminación de estos deleznable hechos ha sido un nuevo y más intenso período de represión que ilustra la reciente serie de procesos políticos y de intención todavía en curso en Seúl. Los tribunales fascistas han trabajado de firme. Las condenas han llovido sobre acusados inermes responsables de tibieza hacia las instituciones en vigor. Sancionados con ejemplar severidad, estos delincuentes de opinión, cosechados por los servicios secretos sud-coreanos en algunas de las grandes ciudades europeas, pasan a engrosar el número de las ya incontables víctimas del orden imperante en aquel país. De un régimen criminoso, vástago predilecto de la inquisitorial solicitud estadounidense en tierras asiáticas.

La más escueta relación de tan sórdidos desmanes sobrecoge, por el envilecimiento general que traducen. Es, al mismo tiempo, evidente que muchos de ellos serían aún ignorados de no ser un estudiante engañado por su embajador y conducido al aeródromo de Dusseldorf, de donde logró escapar antes de ser introducido por la fuerza en un avión. (Avión norteamericano, se rumorea en Alemania.) Tras este intento fallido, digno de los más sucios anales del hampa y con anterioridad a él, muchos otros atentados similares han podido tener lugar, perpetrados por las mismas instituciones, ejecutados por

los mismos elementos que en todo tiempo y lugar se afirman garantes de la seguridad y el orden colectivos. Del compositor Isang-Yung, volatilizado en Colonia, al doctor Anthony Lee, personalidad relevante de la emigración sud-coreana, muerto misteriosamente en Milán. Pasando por los estudiantes de Berlín, Bonn y París (Kim Eeuk Nyun-Artes y Oficios, Beth Sung Chung-Ciencias Políticas, etc.).

¿Cuántos son exactamente? Tal vez no se sepa nunca. Por otra parte, el número tiene, en sí, muy poca importancia. Lo que cuenta son los principios groseramente violados por este pistolismo de subversión presupuestaria. Lo que importa es destacar el hedor de las hazañas de los gangsters-funcionarios, polizontes sin honor al servicio de poderes aún más viles. Lo que es esencialmente significativo es el alegre desenfado de que hacen gala cuando de burlar la ley se trata, los mismos que persisten en declararse llamados a imponerla a los demás. Es retener la consternante inmoralidad, el alocado impudor, la ausencia total de escrúpulos que los medios oficiales y políticos destilan. La insondable corrupción de la magistratura al dictado. La aterradora fragilidad de todo precepto cívico, de toda protección institucional de toda consideración y derecho elementales. El descarado y cada vez más cruelmente sensible desamparo ciudadano frente a cualquier exacción gubernamental y policiaca.

Cierto, cuanto aquí cito se halla dentro de la línea seguida por casi todos los poderes estatuidos y aceptada como normal por cuantos — y son numerosos en todos los campos de opinión — han abdicado de su derecho a la libertad, a la personalidad y a la vida. ¿Puede ello acaso impedirnos la condena reiterada de unas prácticas animales que son, a más de una burda afrenta al orden natural, la negación de unas normas básicas de convivencia por las que el conjunto humano ha trabajado desde siempre? No nos escapan el despreciable silencio de los sumisos, el mutismo suicida de los in-

diferentes ni la interesada discreción de los cómplices. ¡Callen, pues, los entregados, los vanos, los arrivistas. Aquí somos otra gente! Denunciamos aún altamente la concepción y el ejercicio de una autoridad que menosprecia al individuo. Denunciamos los excesos e infamias que parecen prefigurarnos como sociedad ideal una selva científico-sanguinaria. Y el miedo dosificado como regla regidora de los contactos humanos.

¡Miedo! En él se vive ya: Ciertos desaparecidos han transitado de Francia hacia embajadas en Alemania, franqueando las fronteras ya presos y sin visado alguno. Los jóvenes coreanos en Dinamarca, en París (Park-Hyou, Bang-Joon y otros tantos) abandonan su domicilio, huyendo sus lugares habitualmente frecuentados. Se esconden, como las ratas. Imaginémosles en sus escondrijos tratando de digerir una revelación sobrecogedora para la que no se hallaban preparados: Que no existe ya gobierno, legalidad ni aduanas capaces de mantenerles al abrigo de los zarpazos de Seúl. «¿Qué medidas adoptar para impedir que tales secuestros se cometan impunemente y evitar que este género de raptos políticos pueda generalizarse?», se pregunta la Liga de los Derechos del Hombre. Al tiempo que la U. N. E. F. acusa la desaparición «de numerosos estudiantes del tercer mundo, secuestrados por la policía de sus países de origen con la complicidad calculada de los servicios policíacos de las democracias.

Saber que semejante sociedad acabaría devorando incluso a sus propios creadores es un consuelo bien triste. Esta es la gran tragedia: la confirmación repetida de que nos toca vivir un orden demagógico y obsceno sometido a fuerzas ocultas y a los eternos intereses inconfesables. Que la ley, la democracia y todas las bellas fórmulas de que es moda alardear se descubren, a fin de cuentas, palabras sin consecuencia. Simples slogans vacíos de contenido en tanto su aplicación se halle a merced de la fuerza organizada del poder, que jamás, en modo alguno, sabrá imponer-

se a sí mismo las restricciones indispensables al advenimiento de la sola armonía posible: la de la expansión consciente de la personalidad individual, formada y libre, en lo social y la de la federación y concurrencia fraterna en la confrontación internacional.

Los déspotas no disfrutaban ninguna clase de paz. Su reinado es sólo un largo día de temor y sobresaltos. El régimen de Corea del Sur, como el de España, de Haití, de Portugal y de Grecia — por citar sólo unos cuantos —; al igual que la mayoría de los sistemas retrógrados que, de Asunción a Saigón, de Yakarta a Buenos Aires, mantienen su predominio sobre el derecho de gentes, se ve obligado a hacer frente a la creciente hostilidad de los medios intelectuales y juveniles, decididos a arrancar al país de su postración. La dictadura reprime, se aferra al poder, defiende sus dudosas posiciones: Todo ello es demasiado clásico para que pueda sorprendernos.

Pero cuando la reacción exporta sus represiones hasta el corazón mismo del mundo llamado libre; cuando los agentes «secretos» de los tiranos de turno se pasean libremente por la Europa de las grandes realizaciones humanas, ejecutando sin más contratiempos su miserable misión, sentimos que algo vital, irremplazable, vacila. Que se profanan los valores más sagrados y altos. Que se gesta lo irreparable. Vislumbramos con aprensión el límite moral último, más allá del cual no hay fe, ni redención ni esperanza para ningún inocente.

Y alzamos hoy nuestra voz por los niños y por los hombres. Por todos los inocentes. Clamamos por un refugio incólume, un apoyo fraternal efectivo, un cálido reconfort para los seres humanos triturados por el frío funcionalismo de Estado. Llamamos, sí, al decidido respeto del asilo político, recurso definitivo del que nos resistimos a dudar, incluso cuando la duda está más que justificada por la desaparición, como por arte de magia, de hombres que han creído en él...

...Estas líneas son un requiem a su confianza traicionada.

Diamantinas de Víctor Hugo

Verbo y acción

Verdad o no, lo que se dice de los hombres importa tanto como lo que hacen.

Visión del emigrado

Los emigrados veían los acontecimientos del 93 abultados por la deformación de las distancias.

Humanidad

Muchas lenguas que hablan y pocas cabezas que piensan.

Intrascendencia

De joven delgada, de vieja transparente. Parecía hecha de sombra; apenas si tenía cuerpo para contener un sexo... un pretexto para que sobre la Tierra hubiese un alma más.

Dos mitades

Anteayer: ¡Abajo el César! ¡Viva el Papa!

Ayer: ¡Abajo el Papa! ¡Viva el César!

Hoy: ¡Vivan los dos! ¡Abajo los dos!

Mitad por mitad

Miseria de unos
fortuna de otros.

Excepción

Me gusta, decía el obispo Mi-ryel, me gusta que me llamen Bienvenido. Esta atenúa al Monseñor.

Infalible

Sed equitables y evitaréis los crímenes.

Preceptos

Trabajad la tierra del vecino si éste está enfermo. Ocupad las plazas según la inteligencia de cada uno o según sus fuerzas. Cada casa una república, cada calle, cada barrio, cada pueblo otra.

Insuperable

Reía como un niño.

Tanto cuanto

Una perra de limosna es comprar un paraíso de a perra.

A juez

Antes de condenar, busca el origen de la falta, única manera de dar con el remedio que es lo importante.

Igualdad

Hasta lo más grave, científico e importante, hay que decirlo con las palabras más sencillas y vulgarizadas.

Doctrina

Comete las menos faltas posibles. No cometer ninguna ya es del mundo de los sueños.

Responsabilidad

La falta que comete el despo-seído recae sobre el poseedor; la del débil sobre el fuerte; la del ignorante sobre el sabio.

Inalcanzable

El ideal, en cuanto se alcanza ya no lo es.

Complementos

Algunos kilogramos de acero, más algunos centilitros de sudor obrera, más una disposición de juez: la guillotina, concreción de la ley y cómplice del verdugo.

Unico

El único lujo legal: la limpieza. El otro es un robo que se le hace al pobre.

A ambos

Respetar a los sabios. Respetar aún más a los ignorantes.

A puertas

La puerta de la casa del médico no debe estar nunca cerrada; la puerta de la casa del cura debe estar siempre abierta; (la casa del anarquista no debe de tener puerta).

Angel

Alas en lugar de omoplatos.

Canje

Sacrificar la Tierra por el Cielo es dejar la proa por su sombra.

Vida

Nada antes y después. Poco durante.

Política

Materia prima de tiranía: la ignorancia.

Convencional. — La verdadera autoridad no es la del rey, sino la de la ciencia.

Obispo. — Y la conciencia.

Convencional. — Es lo mismo; la conciencia es la suma de ciencia que tenemos. Destruir los abusos no basta, hay que modificar las costumbres.

Noventa y tres

Una nube se había formado durante 1.500 años. A los quince siglos reventó. Estar contra los excesos de la revolución es estar contra el rayo que acabó con la nube.

Progreso

Obispo que circula en coche en nombre de Cristo que iba descalzo.

Un rey

Viejo gotoso con polainas de inglés: Luis XVIII.

Una suma

Convencional. — Rentas, más palacios, más coches, más sirvientes y sirvientas, más buen plato, más una vida sensual, igual un obispo.

Obispo. — Gusano soy.

Convencional. — Gusano, pero en coche.

Obispo. — El error de los progresistas es no creer en Dios.

Convencional (moribundo). — ¡Oh, ideal, tú solo existes!

Que...

un notario llegue a diputado.
un eunuco tenga un Harén.

un general gane, por accidente, como es natural una batalla.

un comerciante venda cartón diciendo que es cuero.

un capitán de intendencia salga rico cuando deja el puesto...
y aún habrá quien gritará, ¡que hombres de genio!

Otra suma

Una Eminencia, más el humo de un escrutinio: un papa.

Culpa de Dios

Se paró, vio una araña gorda, negra, velluda, horrible, y dijo: Pobre animal, ninguna culpa tiene.

Orden del día

Trabajo, estudio, confianza, renunciamento, solidaridad, frugalidad, fraternidad, respeto... y descanso. He ahí la tarea de cada uno y de cada día.

Lema

De acuerdo con los sistemas ¡paso a las obras!

Jean Valjean

Cansado, en ninguna parte le daban posada. Encontró por fin una perrera vacía. En ella entró. Ya se había acostado cuando el amo, perro-lobo, se lanzó a morderle. Debió abandonar. ¡Ni siquiera tengo el derecho de un perro! Se miró y dijo: Me ha mordido y me ha expulsado como un hombre.

Culpable

La sociedad había hecho sus desgracias. La Providencia a la sociedad.

EL TRABAJO INTELECTUAL

EL espíritu del mayor genio de la tierra no es siempre otra cosa que el producto del trabajo colectivo, intelectual así como industrial, de todas las generaciones pasadas y presentes. Para convencerse de ello, imagínese ese mismo genio, transportado desde su más tierna infancia, a una isla desierta; suponiendo que no perezca de hambre, ¿qué se volverá? Una bestia, un bruto que no sabrá ni siquiera pronunciar una palabra, y que por consiguiente no habrá jamás pensado; transportadle a esa isla a la edad de diez años; ¿qué será algunos años más tarde? De nuevo un bruto, que habrá perdido el hábito de la palabra y que no habrá conservado de su humanidad pasada sino un vago instinto. Transportadle, en fin, a la edad de treinta años; a diez, quince, veinte años de distancia, llegará a ser estúpido. ¡Tal vez inventaría alguna religión nueva!

¿Qué es lo que eso prueba? Eso prueba que el hombre mejor dotado por la naturaleza no recibe de ella sino facultades, pero que esas facultades permanecen muertas si no son fertilizadas por la acción benéfica y poderosa de la colectividad. Diremos más: cuanto más favorecido es el hombre por la naturaleza, más toma de la colectividad; de donde resulta que más debe restituírle, en toda justicia.

Sin embargo, reconocemos muy gustosos que, aunque una gran parte de los trabajos intelectuales puedan hacerse mejor y más deprisa colectiva que individualmente, hay otros que exigen el trabajo aislado. Pero, ¿qué se pretende deducir de eso? ¿Que los trabajos aislados del genio o del talento, siendo más raros, más preciosos y más útiles que los de los trabajadores ordinarios, deben ser mejor retribuidos? ¿Y sobre qué base?, pregunto? ¿Son más penosos esos trabajos que los trabajos manuales? Al contrario, éstos son sin comparación más penosos. El trabajo intelectual es un trabajo atrayente, que lleva su recompensa en sí mismo, y que no tiene necesidad de distinta retribución.

Miguel BAKUNIN

IDEAS
EXTRAVIADAS

ESQUELETO DE CUENTO

por
Cosme Paules

A conciencia, dándome perfecta cuenta de lo que hacía, me entregué al primer tenorio que pretendió conquistarme. — No pretendo justificar mi conducta ante nadie —. Tengo por norma hacerme responsable de mis actos. Otra, te diría que fue engañada o que la arrastró el despecho; en cambio, yo arriesgo parecerme cínica: tengo la honradez de declarar-te que me entregué a ese, lo mismo que a cualquier otro.

— No me entregaría a ninguno de esos cretinos que con el sueldo de la empleada pagan la amante.

— Vendo mi vagina, de la misma manera que un carnicero vende un pedazo de carne para un perro hambriento. ¡Pero, lo hago por y para mi hija!

— Por ella — y sólo por ella —, he ahogado todos los sentimientos tiernos que nacieron en mi alma. Y es por ella que, oprimido el corazón, acaallando el asco que me producen, oigo las palabras vacías de emoción y de sentido, de los tenorios adocenados que concurren a las plazas y paseos. Y cuando estoy a solas — te lo puedo confesar a ti que no buscas sólo mi cuerpo —, aprovecho para llorar angustiosamente sobre el edificio en ruinas de mis más caras esperanzas de mujer.

— También ahora estás llorando, — le dije.

— Sí. Llora sobre el castillo en ruinas de mi fantasía; llora sobre los escombros de mi vida; llora porque tal vez mañana — o esta misma noche —, me solicitará el hombre que cubre mis gastos personales, y los gastos que demanda la educación de mi hija. ¡Dicen que eso es Capitalismo puro...! Pero la gratitud es completamente diferente del cariño. ¡No puedo quererlo!

— ¿Por qué no lo abandonas?

— Necesito su dinero. Y él también necesita de mis atenciones de mujer. Aparte que me necesita también para satisfacer su vanidad de macho en celo. Yo leo en sus ojos, cuando me toma del brazo en circunstancias que se encuentra con sus amigos, lo que en ese instante quiere significarles: ¡si me parece que hay momentos en que le gritar! Esta hembra me pertenece... ¿La véis?...

— ¿Por qué sufres así? — le insistí —: ¿Por qué no lo abandonas? La moral que es...

Lidia hizo un movimiento brusco y me interrumpió violentamente:

— ¿De qué moral me hablas? ¿Dónde está la moral? ¿Quién tiene moral? Muy a mi pesar me vas hacer hablar de algo que no quería. Permite que

para apoyo de mis razonamientos recurra, primero, al apoyo de las **sagradas escrituras**: Al entregar conscientemente su mujer al Faraón, ¿Abram fue inmoral? Si fue inmoral, ¿por qué Dios lo bendijo? Al tener contacto sexual con su padre, las hijas de Lot, ¿fueron inmorales? Y si lo fueron, ¿por qué Dios no las castigó? Y ahora, demos un salto: ¿Imaginas los tiempos romanos — cuando en los Templos se rendía culto a Phallus —, cuando las mejores matronas lo tenían en sus jardines rodeado de flores, ¿piensas que esa gente era inmoral? ¿Por qué no vuelves tus ojos a nuestros antepasados? ¿Te olvidas que ellos cohabitaron al aire libre, en los bosques frondosos, tan sólo cubiertos por la copa gigante de los árboles? ¿Eran por eso inmorales? Para ellos no existía la moral, sólo existía el cumplimiento del imperioso mandamiento de nuestra Madre Naturaleza: «Creced y multiplicaos».

— ¡Oh, sí... tienes razón!

— Por otra parte, en cada doctrina tenemos que cada credo tiene su moral. Benham: la utilidad. Kant: el discernimiento racional del supremo bien. La Moral Religiosa: las causas trascendentes. Spencer: el Progreso. Los masones: el Compás, el Nivel y la Escuadra. Nietzsche: la fuerza del Hombre sobre los hombres. Guyeau: la expansión de la Vida. (Más tarde han llegado otras morales). La moral de la sinceridad; de la solidaridad. La moral biológica: la moral económica, la moral política, etc. La verdad es — mi querido Luciano —, que cuando queremos pensar en una causa como fundamento exclusivo de una moral, encontramos hechos, accidentes, circunstancias, momentos de la vida, **que no entran en esa moral**. Y resulta — mi estimado amigo —, que un solo factor, no resuelve la moral de la existencia. Porque frente a todas las morales se levanta, como una inmensa muralla China, la moral de la vida. Y la vida — amigo mío — es muy amplia, y tiene siempre, solicitudes tan diversas, que la moral que de ella se desprende, no puede ser estrecha ni unilateral.

— Mis presuntos patrones querían tener en mí dos personas: la querida y la empleada. ¿No te dije que me colocaban ante el espantoso dilema de ser amante del patrón — o del jefe inmediato — o dejar el empleo para siempre? ¡Estos canallas modernos del autoritarismo y del Estado, cobran el derecho a la pernada todavía...!

— ¡...!

— Al hacer mis declaraciones tengo el valor de

Conceptos que quedan

«¡A NDA! Cuenta eso que nos habías explicado ayer, el cuento ese... — No es un cuento. Todo eso porque ayer les conté que, una vez, el rey pasó por Las Hurdes. Iba de caza. Vio que casi todos eran enanos, cretinos, enfermos, en esa tierra... Tan pobres que el rey creía que no se podía ser tan pobre. Estaban hasta mal hechos, de pobres que eran. Entonces el rey dijo: «Hay que hacer algo por esa pobre gente...» Le contestaron: «Sí, Majestad» — como de costumbre —, y no han hecho nada; como de costumbre. Después, como el lugar era muy miserable, quisieron que sirviera para algo la región: han convertido el lugar en cárcel. Como siempre. Entonces...

El Cristo Jesús encontraba que las cosas no iban muy bien en España. Se dijo: «Voy a ir allí». El ángel buscó a la mejor mujer de la región y empezó a aparecérsele. Ella contestó: ¡Oh, no vale la pena! El niño me nacería antes de tiempo, puesto que no tendré qué comer. En mi calle hay un campesino que comió carne hace cuatro meses; ha matado a su gato.»

Ya la ironía en la voz daba paso a la amargura desolada.

«El Cristo vino a casa de otra. Alrededor de la cuna no había más que ratas. Para calentar al niño era poco, y para la amistad era triste. Entonces Jesús pensó que en España las cosas seguían yendo mal.»

Un ruido de camiones impidió escuchar algunas palabras.

«... hecho obligar a los propietarios a dar como granjas sus tierras a los campesinos. Los que tienen bueyes han gritado que eran expoliados por los que sólo tienen ratas. Y llamaron a los soldados romanos.

arrostrar las críticas y hasta el desprecio de otras mujeres que siendo tan ramera como yo, hacen como esa empleada que se entrega a sabiendas que será retribuida con un par de medias baratas, con una baratija cualquiera o — simplemente —, no le darán nada; pero con ello adquiere la seguridad que mantendrá su empleo, y, este empleo, la facultad para ostentar patente de mujer honrada.

— ¡...!

— ¿Cuál es la razón que no me permite considerar inmoral al obrero que fabrica proyectiles? En verdad de verdades: es un ser inmoral, el tipo que a sabiendas que los artefactos que construye, llevarán el terror, el dolor, la desesperación y la muerte a otros hogares hermanos, en que, como el suyo: hay madres, hermanas e hijos. Supuestamente allí, no hay inmoralidad: la vida le «impone» el sacrificio del trabajo, sin darle la oportunidad de elegir... y ¡tiene que trabajar, para defen-

Entonces el Señor fue a Madrid, y para hacerle callar, los reyes del mundo empezaron a matar a los niños de Madrid.

Entonces el Cristo se dijo que verdaderamente no había gran cosa que hacer con los hombres. Que eran tan asquerosos que incluso sangrando por ellos día y noche durante toda una eternidad no se llegaría jamás a lavarlos.

Los descendientes de los Reyes Magos no habían venido a su nacimiento, puesto que se habían convertido en errantes o funcionarios. Entonces, por primera vez en el mundo, de todos los países, los que estaban muy cerca y los que se hallaban en los puntos más lejanos, aquéllos en cuyo país hacía calor y los que en su país helaba, todos los que eran valientes y miserables se pusieron en marcha con fusiles.»

Había en su voz una convicción tan solitaria que, a pesar de la noche, se sentía que el que hablaba había cerrado los ojos.

«Y comprendieron con su corazón que el Cristo estaba vivo en la comunidad de los pobres y de los humillados de nuestro pueblo. Y en largas filas, de todos los países, los que conocían bastante bien la pobreza para ser capaces de morir contra ella, con sus fusiles cuando los tenían y sus manos cuando no tenían, vinieron a tumbarse, unos tras otros, sobre la tierra de España...

Hablaban todas las lenguas, había con ellos hasta vendedores de lazos chinos.

Y cuando todos los hombres estuvieron hartos de matar, y cuando la última falla de pobres se puso en marcha...

...una estrella que no se había visto nunca antes se levantó por encima de ellos...

der su existencia y la de los suyos, ya se trate de Rusia, de EE. UU., de Pekín — o de La Habana o la España de Franco —!

— ¡...!

— La miseria es la más mala consejera de la vida... Es moral condenar a sus hijos, a su madre, a su esposa a la miseria, ¿la que el **trabajador odioso** debería elegir? Yo no me hago preguntas a ese respecto... Como ese obrero indecente — perdona ahora mi expresión — me cisco en la moral escolarística. Y salvo a mi hija con la moral de la vida... Sí, la salvaré yo — su madre —, porque ella es incapaz de defenderse en esta titánica lucha de hienas y chacales que un mundo de autoritarismo elevado al cubo conlleva: hienas y chacales hambrientos que es la humana existencia de hoy, donde sólo unos pocos, parándose en los despojos de los que quedaron en el camino, a fuerza de zarpazos y dentelladas, consiguen éxito.

ACUARELAS
SOCIALES

La creación revolucionaria

por RAMON LIARTE

LOS asuntos político-sociales no son tan fáciles de plantear y resolver como el infantilismo revolucionario afirma caprichosamente. ¡Ojalá fuesen una tormenta en un vaso de agua! De la misma manera que no es posible sostener un bosque en la palma de la mano, no hay modo alguno de simplificar los grandes acontecimientos, hasta dejarlos reducidos a objetos de infima importancia. Los hechos tienen su personalidad vital y no se pueden desfigurar por arte de encantamiento.

Es la bancarrota de las creencias el balance más penoso que ofrece el presente siglo. Analizando la decadencia moral que se extiende por todas partes, cabe preguntar: ¿Qué fin está reservado a la especie humana? Una civilización que transforma la pólvora en simiente sólo tiene una salida angustiosa: perecer. Los herederos espirituales de las viejas concepciones principescas se apoderan sistemáticamente de la máquina del Estado para imponer su hegemonía. Por otra parte, la creencia mesiánica en la revolución dirigida por los estatólatras proletarios, pretende ser la solución única, la panacea capaz de salvar todos los males que padecen las clases desheredadas. Da verdadera pena comprobar que semejante deformación ideológica acaba confundiendo a los hombres, hasta incapacitarlos para llenar el vacío social que se nota, así en las filas obreras como intelectuales.

Por imperativos de orden individual y colectivo hemos de referirnos a España. Hay que hablar de nuestro pueblo en todas las ocasiones que se presenten porque él es el punto de partida y la base de la revolución que debemos llevar a cabo. Hay verdades que no pueden negarse, y mucho menos nosotros que somos los más altos exponentes de la verdad. En el curso de estos tres decenios hemos perdido hombres de una valía incalculable. Militantes aguerridos y capacitados que eran, sin duda, luminarias del progreso social, pioneros de la causa del pueblo. Los jóvenes libertarios no han corrido mejor suerte. Nuestras pérdidas son infinitas. El enemigo lo sabe perfectamente ya que a esa labor de destrucción físico-moral ha dedicado su aparato represivo durante la etapa más trágica de la historia de España. En tales condiciones no es posible formar nuevas promociones como era nuestra ambición. Hemos cosechado la magra cosecha de los años de terror, que han sido para nosotros parejos a las siete plagas de Egipto. Pero no nos damos por vencidos. Aún nos permitimos el placer de elegir a nuestros enemigos y de reconocer a los buenos amigos que nos ayudan y sirven desinteresadamente.

La C. N. T. no ha muerto. Ha de sobrevivir cueste lo que cueste. Al precio de la libertad y la vida.

Somos algo más que un hecho geopolítico. Somos conciencia y médula, brazo y cerebro de un pueblo ejemplar. Representamos la fuerza de acción directa, las organizaciones naturales del trabajo que son más poderosas que el Estado unitario. En todo momento debemos ser altamente ambiciosos. De una ambición tan peculiar que no tenga paralelo posible. Hemos de propender a ser, como en el pasado, de la C. N. T. para la C. N. T. No podemos conformarnos a ser una fuerza de segundo orden. Nuestro deber es prepararnos para ser vanguardia de la lucha social con más firmeza y ahinco que nunca. Un laboratorio de iniciativas constructivas, un dispositivo poderoso puesto al servicio del pueblo, una organización tesonera e invencible, esto debe ser la C. N. T. hoy y mañana. ¡Siempre! Y ha de serlo con sus hombres, con sus más capaces y desprendidos, con los que lo dan todo y no piden absolutamente nada. Decir coraje revolucionario, voluntad de lucha, afán de conquista manumisora, deseo de llegar a los objetivos definidos por el sindicalismo revolucionario, tal es el léxico que define a nuestra central sindical. Es la fuerza de un ideario puesto en movimiento. Hay que ser fieles a nuestras ricas enseñanzas. Quien siente ideas y las defiende, se tiene de pie, anda, y hace camino.

El anarcosindicalismo no se apoya en la fe ciega sino en la ciencia experimental. Somos un movimiento científico y obrero. Tenemos una ética que nos capacita para optar ante los problemas que plantea la existencia y una concepción moral para enjuiciar los hombres y las cosas. Formamos parte de un movimiento revolucionario que es, en definitiva, una entidad económico-social de creación sindicalista sin clases, de base popular directa. No sentimos la propensión a renunciar a los procedimientos singulares, a los métodos de lucha que nos informan. No hay en esta afirmación soberbia ni fanatismo, sino consecuencia y convicción. Nos mueve la intención de llevar a cabo, mediante esta estrategia social, los fines que nos animan. Queremos forjar los instrumentos de emancipación, que son las organizaciones del trabajo organizado, independientes de toda tutela estatal y capitalista. No hemos creído nunca que pueda decretarse desde lo alto la liberación de las clases expoliadas y oprimidas. Son los trabajadores de la industria, de la tierra, la ciencia y la técnica, quienes deben encontrar, siguiendo la marcha del progreso y los cauces anchurosos de la razón, sus propios métodos de acción directa para llegar a es-

tablecer el derecho para todos en el amplio campo de la justicia social.

La revolución tiene sus alternativas y desviaciones. Las clases conservadoras y reaccionarias conspiran para cercenar la cabeza rectora de la emancipación de los hombres y los pueblos. Nosotros no podemos renunciar a la lucha por desigual que sea nuestra fuerza. Eso sería tanto como aceptar la ley del más fuerte sin pronunciar una voz de protesta ni hacer el menor gesto de rebeldía. La libertad, como la justicia, no la defienden los que claudican, sino los que no se rinden ni se entregan al enemigo.

EN BUSCA DE SOLUCIONES

SE ha escrito mucho, más de la cuenta, y se ha hablado a la ligera, locuazmente, acerca del carácter español. Y lo peor del caso es que la mayoría de las veces se ha especulado sobre los defectos que tenemos. No somos un pueblo virtuoso, pero poseemos tantas virtudes como pueda albergarlas el mejor pueblo de la tierra. Ciertamente es que no andamos ligeros en defectos, mas no son los nuestros, ni más pequeños ni más grandes que los de los demás. No; de ninguna manera: no tenemos motivos para avergonzarnos de lo que somos: españoles hasta la muerte e internacionalistas en toda la acepción del vocablo. Siendo lo que somos no negamos a los otros. Estamos más próximos a los que están cerca y a los que se hallan lejos. Esto no nos impide ver la luz y la sombra, el día y la noche.

Nuestra técnica es más que mediana, pobre. El gran Unamuno solía decir con afán de desquite: «Que inventen ellos». Pero ésta no era toda su verdad. Y mucho menos la verdad de España. En el orden político no sabemos andar más que de tumbo en tumbo, y preciso es reconocer que somos una calamidad, un desastre, como diría Madariaga. Dígase lo que se quiera, nosotros consideramos, como Mariano José de Larra, que España es un tesoro de una valía universal fuera de serie. A pesar de nuestros desgarrones políticos no tenemos que abatirnos ni avergonzarnos. Muchas son nuestras virtudes humanistas, aunque nuestros adversarios quieran ignorarlas. Podemos ir de Continente a Continente, recorriendo el mundo con la cabeza alta. Nuestro es el arte de vivir aunque sea con poco dinero. Para los españoles no sólo es la desgracia, sino la gracia y el ingenio. Afortunadamente somos en el arte y en la creación artística; somos alarifes en el trabajo cotidiano; en la literatura, maestros consumados; en la revolución, enterrados como nadie; y en la lucha, resueltos y decididos como pocos. En el seno de la familia somos pastores y corderos a la vez. ¿Qué más pedir?

Importa corregir y desechar muchos errores para poder caminar con paso firme y seguro hacia nuevas etapas de entendimiento y conocimiento. Se nos reprocha que siempre vamos a la cumbre por el atajo, que no sabemos dar la vuelta a los obstáculos con el fin de asaltar la torre por el lugar más fácil y seguro. Los estrategas de la piratería política dicen muchos disparates y no podemos ha-

cerles caso. Hay, no obstante, ideas y lecciones que debemos tener presentes. Afírmase que los españoles no sabemos jugar y que cuando no nos salen bien las cosas pronunciamos estas o parecidas palabras: «No juego». ¿Será porque no soportamos la dificultad, ni nos avenimos con lo imposible? Si alguien no comparte nuestros puntos de vista se dice, también, que nuestra respuesta es la siguiente: «Con ése no voy a ninguna parte». De lo que se infiere que así nos luce el pelo. Pero siendo hombres formales hemos de razonar de manera que los demás razonen a su vez.

¿Al poder por el atajo? ¿Al vado o a la puente? ¿Al cielo o al infierno sin pasar por el purgatorio? Al grano, que es lo que interesa. No hay que dar tregua al tirano.

Se va por donde se puede. Unos van al poder por el atajo al ver que todos los senderos de la montaña están obstruidos; otros avanzan cuesta arriba para llegar a la cima del ideal. Esencial es subir, escalar la cumbre de la más alta serenidad natural, pero importante es también, guardar el equilibrio. El mal del vértigo es peligro y quien no sabe mantenerse firme en lo alto, ya que en ciertas regiones no existen barandales como no sean de luz o de agua, el cuerpo más sano es engullido por el abismo. Conclusión: quien no quiere ir al vado debe ocupar un puesto a la puente. Orientarse con la máxima inteligencia, guardar los nervios y disponerse a navegar. El buen timonel no teme a la adversidad, no se amilana al presenciar cómo se desencadena la tormenta. Pues es harto sabido que los santos y los apóstoles van al infierno, mientras que los pillos y los escribas tienen su puesto en el cielo sin pasar por el purgatorio, que, al decir de los cretinos, es la antesala de la gloria...

Necesario es acabar con el mal juego. Las cartas trucadas no ayudan a jugar sino a hacer trampas. Y nuestro asunto no es para tramposos de oficio. Está hecho para las personas decentes que saben proceder con dignidad, haciendo juego limpio en todas las ocasiones. Cuando alguien no comparte nuestra modesta opinión, o no hace lo que desea Fulano o Perengano, se dice con gran facilidad: «Con ese tipo no voy a ninguna parte». Y nos quedamos en el peor de los terrenos; en el purgatorio. No existe en ese caso ni el vado ni la puente, ni poder ni atajo, ni cumbre ni abismo. Pero hay algo peor: la nada, en la cual se debaten los que no saben unirse como hombres para luchar y vencer en el lugar elegido por ellos.

Cuando se obstaculiza la labor del hombre creador, nada se crea; todo queda por hacer. El balance es desolador, desastroso. Ahí está la realidad española que no engaña a nadie, pidiendo a gritos una transformación completa y profunda. Nadie hace nada, y lo poco que se hace, se realiza mal, en pésimas condiciones. El que crea se ve ante el vacío. No cuenta con la cooperación desinteresada de las personas desprendidas. Y ante tamaño deslace, ni arriba ni abajo se hacen obras de provecho general. Las excepciones no cuentan en este caso. Un mal principio no puede conducir nunca a buen fin aunque lo diga el moro Muza. Lo que mal se

comienza no lo endereza ni el más pintado. Perfectamente dice el refrán castellano: «Quien mal anda, mal acaba». Imprescindible se hace disponer a caminar sin andaderas. No tenemos necesidad de Lazarillos ni líderes. Y mucho menos de «predestinados» que se creen el ombligo del mundo cuando en realidad son más cortos que un respiro en la siega. El trabajo está en marcha, la revolución nos llama y hay que dejar paso a los creadores.

TODOS SOMOS NECESARIOS

A QUI no hay imprescindibles. Todos somos necesarios. Pero hay que saber para qué. La desaparición de un sér inteligente y capaz no parte el mundo en dos tajos, pero a veces nos parte la espina dorsal. No es tarea fácil sustituir al sabio generoso ni al genio rebosante de bondad. Seres hay que no son reemplazados nunca. Luego no vale la pena hincar frases que revientan como un balón cuando se les hincan lo que se llama la aguja de marear. Pero el mundo ha de marchar y avanzar aunque sea a trompicones. Los revolucionarios conscientes no podemos caminar a tontas y a locas. Con paso firme y buenas reservas físicas se va lejos.

Repítese con machacona insistencia que a los españoles lo que nos interesa son ideas creadoras, es decir, que carecemos de un plan perfectamente definido para salvarnos de los estragos centralistas y unitarios. Lo que nos hace falta son ideas, que si son buenas y nuevas no nos estorban; lo que nos urge es un método científico-social para planear y hacer una revolución moderna conforme a las exigencias y realidades de la vida española. ¿Cómo alcanzar esta finalidad? Poniendo las manos en la masa; haciendo obras provechosas; no entorpeciendo a los que quieren trabajar; dando facilidades a los que piensan y sienten para los demás. Se impone, y a toda costa, dejar de ser un pueblo de sectores para poner las energías colectivas al servicio del pueblo. Tres clases especiales que se funden en una sola merecen ser reconocidas y tenidas en cuenta: la inteligencia puesta al servicio del humano vivir, el trabajo responsable como fuente de riqueza y abundancia común y la moral sin dogmas ni banderines de enganche para presidir las relaciones de los hombres. Es la sociedad sin clases, sin amos y sin verdugos. La cooperación entre iguales.

El sindicalismo revolucionario es el laboratorio capaz de organizar la sociedad libre sobre bases de armonía y equidad. Sabe aprovechar la capacidad del técnico sin hacer de él un tecnócrata aburrido y pegajoso; lleva al educador y jardinero de cerebros, que es perfecto administrador de colectividades libres y de pueblos independientes, a la dirección y orientación de la cosa pública. Parte nuestra metodología experimental y calculada racionalmente de la unión de los factores útiles de la producción; une en el esfuerzo a los que trabajan para que el producto sea menos penoso y más agradable. Conjuga el trabajo de todos los sectores

de la arquitectura productiva y necesaria, solidarizando la inteligencia con la vitalidad física para ahorrar fuerzas y engrandecer el rendimiento.

Nuestro pueblo no podrá salvarse a base de pequeñas y parciales transformaciones, que, la mayoría de las veces, en lugar de transformar, deforman y perjudican. Hace falta, se impone un cambio completo. Que el Municipio anule a la Diputación; que la Universidad se convierta en cátedra y catedral de la razón y el bien; que el sindicato acabe con el capitalismo antieconómico y parasitario; que la federación extirpe al absolutismo; que el culto al Dios de los poderosos se convierta en amor a todos los hombres; y que la Confederación administre y dirija los destinos sagrados de nuestro gran pueblo. Un pueblo como el nuestro es un destino de pueblos.

La tierra debe ser libre en una sociedad libre. Han de tener los productores todas las facilidades que necesitan para trabajar. Al campesino no deben faltarle tres cosas principales: tierra, simiente y agua. Al educador hay que darle medios, cerebros amantes de conocimientos y libertad para educar de acuerdo con los adelantos pedagógicos de nuestro tiempo. Sólo curando a España, cicatrizando sus heridas, cultivando su desmantelado cuerpo, saneando la existencia de la infancia y la juventud, ambas confundidas y deformadas por el franco-falangismo, podremos hacer una sociedad nueva para un pueblo nuevo. Es la nuestra una obra de creadores. Y en toda creación bien pensada, organizada y llevada a feliz término, cada uno debe ocupar el puesto para cuya función esté más preparado.

En efecto, de eso se trata en concreto: de alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto abrazar. La creación no se consigue hasta el fin deseado. Ya lo dice el pensador con idea maciza y viril: «Para nosotros, una flor no es flor todavía mientras permanece encerrada en su capullo y mientras su germen yace aún debajo de la tierra, sino que sólo lo es cuando se despliega visiblemente en forma y color. Del mismo modo sólo logramos comprender una melodía cuando llega a ser audible, pero no así cuando nace en el cerebro de su creador: el pensamiento de un filósofo sólo lo comprendemos cuando ha sido pronunciado; y una estatua cuando ha sido formada».

No es creación lo que no se materializa. La idea debe convertirse en materia para que la comprendamos y sepamos todo su valor. Así ocurre con nuestra revolución sindicalista libertaria; ha de realizarse completamente, quedar grabada, escrita, hecha bandera de liberación humana y esperanza de todos los pueblos del mundo. Así es forma y luz: Vida.

Debemos trabajar con los materiales que están a nuestra mano, con lo que disponemos para levantar obra. La organización del trabajo es la mayor riqueza de la sociedad. Cada uno en su lugar. El que valga para una cosa que haga su trabajo bien, sin entorpecer la labor de los demás. Quien no sirva para una tarea determinada no debe usurpar el puesto a quien puede desempeñar una

LA FRATERNIDAD

EL hombre occidental habla de la fraternidad como de una gran fuerza motora de la humanidad y no sospecha que no se puede llegar a ella si no existe ya en realidad. ¿Qué hacer? Es preciso crear la fraternidad, cueste lo que cueste. Ahora bien, sucede que no se puede crear la fraternidad porque se crea ella misma, porque es un dato, porque es una cosa de naturaleza. En la naturaleza occidental no se ha encontrado; lo que se ha encontrado es el principio de la persona, el principio del individuo, de la conservación de sí llevada muy lejos, de la vida por propia cuenta, de la autonomía del yo propio, de la oposición de este yo a toda la naturaleza y a todos los demás hombres, como un principio distinto, que se basta a sí mismo, completamente igual y equivalente a todo lo que existe fuera de él. Pues bien; por ese hecho de afirmarse a sí mismo, la fraternidad no ha podido nacer. ¿Por qué? Porque en la fraternidad, en la verdadera fraternidad, no es la persona distinta, no es el yo quien debe cuidarse de mantener su derecho y su valor iguales en importancia a los de todo el resto tomado en conjunto, sino que, al contrario, es todo el resto quien debe venir por sí mismo a esta personalidad que demanda sus derechos, a este yo distinto, y reconocerle, por su propia voluntad, sin que el yo exija, como igual en valor y en derecho a él mismo, es decir a todo lo que existe en el mundo, fuera de él. Pero esto no es bastante; esta misma persona rebelde y exigente debería en primer lugar sacrificar ella misma todo su yo a la sociedad, no solamente no exigir su derecho, sino al contrario, hacerle abandono de él sin ninguna condición. Pero, en Occidente, la persona no está acostumbrada a este procedimiento; exige a viva fuerza, exige derechos, quiere hacer el reparto. Pues bien; la fraternidad no sale de

ello. Ciertamente, se puede renacer. Pero este renacimiento no se realiza sino en el curso de millares de años, porque ideas semejantes deben penetrar profundamente en la carne y en la sangre antes de convertirse en realidades. ¿Cómo, me diréis, es preciso no tener personalidad para ser feliz? ¿La salvación está fuera de la persona? Muy al contrario, muy al contrario, diyo yo: no solamente no es preciso no ser una persona, sino que justamente es preciso llegar a ser una, y aún más plena que la que existe ahora en Occidente. Comprendedme: el sacrificio de sí para utilidad de todos, voluntaria, perfectamente consciente, y no forzado, es, según yo, la prueba de que la personalidad está en el apogeo de su evolución, de que es potente, de que se posee, de que es enteramente libre. Dar voluntariamente la vida por todos, marchar por todos a la cruz, a la hoguera, no es posible hacerlo sino cuando se tiene la personalidad más evolucionada.

¡Pero eso es una utopía, señores! Todo es fundado sobre el sentimiento, sobre la naturaleza, y no sobre la razón. Y es además, por decirlo así, una humillación de la razón. ¿Qué pensáis de ello? ¿Es o no es una utopía?

Pero, de nuevo, ¿qué puede hacer el socialista si, en el hombre occidental no se encuentra principio fraternal, sino al contrario, el principio del individuo, de la persona, el principio del aislamiento incesante que exigen sus derechos la espada en la mano? El socialista, viendo que no hay comunidad, comienza a empujar hacia ella. No habiendo comunidad, quiere crearla, construirla. Pero para hacer un guisado de liebre es preciso, ante todo, la liebre. Ahora bien, la liebre falta; es decir, una naturaleza capaz de comunidad, una naturaleza que tenga confianza en sí y que tienda a eso por sí misma, falta.

LA CREACION REVOLUCIONARIA

misión altamente beneficiosa para el conjunto. Seamos sindicalistas revolucionarios. Sólo así lograremos la posibilidad de intuir algo del secreto profundo de la creación revolucionaria universal mediante las huellas que dejan los hombres esfuerza-

dos al realizar una tarea. Esas huellas son el trabajo, el esquema, la idea, el hilo de Ariadne que nos permite encontrar el camino del progreso de esa obra que queremos edificar para bien de los hombres y admiración de los siglos.

El Socialismo y el Estado

por RUDOLF ROCKER

CON el desenvolvimiento del socialismo y del moderno movimiento obrero en Europa se hizo presente una nueva tendencia espiritual en la vida de los pueblos, que no ha terminado todavía su evolución. Pero su destino depende de la orientación que adopte: libertaria o autoritaria.

A los socialistas de todas las tendencias les es común la convicción de que la presente organización social es una causa permanente de malestar y que a la larga no podrá persistir. Común es también a todas las tendencias socialistas la afirmación de que un mejor orden de cosas no puede ser producido por modificaciones de naturaleza puramente política, sino sólo por una transformación radical de las condiciones económicas existentes, de manera que la tierra y todos los medios de producción social no queden como propiedad privada en manos de minorías privilegiadas, sino que pasen a la posesión y a la administración de la comunidad. Sólo así será posible que el objetivo y la finalidad de toda actividad productiva sea, no la esperanza de ganancia personal, sino la aspiración solidaria a dar satisfacción a las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

Pero sobre las características de la sociedad socialista, y sobre los medios y caminos para llegar a ella, las opiniones de las diversas tendencias socialistas se escinden. Esto no tiene nada de extraño, pues lo mismo que cualquier otra idea, tampoco el socialismo llegó a los hombres como una revelación del cielo; se desarrolló dentro de las formas sociales existentes y respaldándose en ellas. Por eso era inevitable que sus representantes fuesen más o menos influidos por las corrientes sociales de la época, según su modalidad en cada país. Se sabe la gran influencia que tuvieron las ideas de Hegel en la formación del socialismo en Alemania: la mayoría de sus iniciadores — Grün, Hess, Lassalle, Marx, Engels — procedían del círculo de la filosofía alemana; sólo Weitling recibió sus estímulos de otra parte. En Inglaterra es innegable la penetración de las aspiraciones socialistas por las concepciones liberales. En Francia son las corrientes espirituales de la Gran Revolución; en España, las influencias del federalismo político las que se manifiestan agudamente en las concepciones socialistas. Lo mismo podría decirse del movimiento socialista de cada país.

Pero como en un ambiente cultural común como el de Europa las ideas y los movimientos sociales no quedan circunscritos a determinado territorio, sino que invaden naturalmente otros países, así no sólo conservan su colorido puramente local, sino que reciben de afuera los es-

tímulos más diversos, que penetran casi inadvertidamente en el propio dominio del pensamiento y lo fecundan de una manera especial. El vigor de esas influencias externas depende en gran parte de las condiciones sociales generales. Piénsese sólo en la influencia poderosa de la Revolución francesa y en sus sedimentos espirituales en la mayoría de los países de Europa. Por eso es claro que un movimiento como el del socialismo tendrá en cada país las más diversas conexiones ideológicas y en ninguna parte se circunscribirá a una expresión determinada.

Babeuf y la escuela comunista que hizo suyas sus ideas, han surgido del mando mental del jacobinismo, por cuyo modo de ver las cosas fueron completamente dominados. Estaban convencidos de que a la sociedad podía dársele la forma que se quisiera, siempre que se contase con el aparato político del Estado. Y como con la difusión de la moderna democracia, en el sentido de Rousseau, había anidado hondamente en las concepciones de los hombres la creencia maravillosa en la omnipotencia de las leyes, la conquista del poder político se convirtió en un dogma para aquellas tendencias socialistas que se apoyaban en las ideas de Babeuf y de los llamados «Iguales». La disputa de esas tendencias entre sí giraba en torno a la manera de entrar del mejor modo y más seguramente en posesión del poder del Estado. Mientras los sucesores directos de Babeuf, los llamados babeuistas, se atenían a las viejas tradiciones y estaban convencidos de que sus sociedades secretas alcanzarían un día el poder público por medio de un golpe de mano revolucionario, a fin de dar vida al socialista con la ayuda de la dictadura proletaria, hombres como Louis Blanc, Pecqueur, Vidal y otros defendían el punto de vista de que eso sabría de evitarse en lo posible, siempre que el Estado comprendiese el espíritu del tiempo y se pusiera a trabajar por propio impulso, en una transformación completa de la economía social. Pero era común a ambas tendencias la creencia de que el socialismo era realizable con la ayuda del Estado y de una legislación correspondiente. Pecqueur había esbozado con ese fin todo un Código — una especie de «Código Napoleón» socialista — que debía servir de guía a un gobierno de amplia visión.

Casi todos los grandes iniciadores del socialismo, en la primera mitad del siglo pasado, estaban más o menos fuertemente influidos por concepciones autoritarias. El genial Saint-Simon reconoció con gran agudeza que la humanidad avanzaba hacia un periodo «en que el arte de gobernar a los hombres había de ser suplantado por el

(En página siguiente las tres primeras líneas corresponden al final de columna.)

ble significación. Su teoría del «trabajo atractivo» aparece precisamente hoy, en el período de la racionalización capitalista de la economía», como una revelación de ver-arte de administrar las cosas»; pero sus discípulos se comportaron, en cambio, autoritariamente, llegaron a la concepción de una teocracia socialista y al fin desaparecieron de la superficie.

Fourier desarrolló en su «sistema societario» pensamientos libertarios de maravillosa profundidad y de inolvida-

dadero humanismo. Pero también él era un hijo de su tiempo y se dirigió, como Robert Owen, a todos los poderosos de Europa en la esperanza de que le ayudarían a realizar sus planes. De la verdadera esencia de la liberación social apenas tuvo presentimiento, y la mayoría de sus numerosos discípulos, todavía menos que él. El «comunismo icariano» de Cabet estaba impregnado de ideas cesaristas y teocráticas. Blanqui y Barbès eran jacobinos.

La revolución

HAY épocas en la vida de la humanidad en que la necesidad de una sacudida formidable, de un cataclismo, que venga a conmover la sociedad hasta en sus entrañas, se impone bajo todos los aspectos a la vez. En esas épocas todo hombre de corazón comienza a decirse que las cosas no pueden ya marchar así; que son precisos grandes acontecimientos que vengan a romper bruscamente el hilo de la historia, a echar a la humanidad fuera del carril en que se ha atascado y a lanzarla en caminos nuevos, hacia lo desconocido, a la busca del ideal. Se siente la necesidad de una revolución, inmensa, implacable, que venga no sólo a transtornar el régimen económico basado sobre la fría explotación, la especulación y el fraude, no sólo a derribar la escala política basada sobre la dominación de algunos por la astucia, la intriga y la mentira, sino también a remover la sociedad en su vida intelectual y moral, a sacudir el entorpecimiento, a rehacer las costumbres, a traer en medio de las pasiones viles y mezquinas del momento el hálito vivificante de las pasiones nobles de los grandes impulsos, de los generosos sacrificios.

En esas épocas en que la medianía orgullosa ahoga toda inteligencia que no se prosterna ante los pontífices, en que la moralidad mezquina del término medio hace la ley, y la bajeza reina victoriosa, en esas épocas la revolución llega a ser una necesidad; los hombres honrados de todas las clases de la sociedad reclaman la tempestad para que venga a abrasar con su soplo inflamado la peste que nos invade, a llevarse el moho que nos corroe, a arrastrar en su marcha furiosa todos los escombros del pasado que están suspendidos sobre nosotros, que nos ahogan, que nos privan del aire y de la luz, para que dé en fin al mundo entero un nuevo hálito de vida, de juventud, de honradez.

No es ya sólo la cuestión del pan la que se plantea en esas épocas; es una cuestión de progreso contra la inmovilidad, de desenvolvimiento humano contra el embrutecimiento, de vida contra la estancación fétida del pantano.

PEDRO KROPOTKIN

POETAS DE AYER Y DE HOY

Año Nuevo

(BAJO LOS LEGIONARIOS)

por EUGEN RELGIS

¿Quién cree aún que eres, Año Nuevo,
un nuevo y joven portador de paz?

¿Siglos de odio, coñicias y ponzoñas
nos hablan del suplicio atroz del hombre.

Tu cuento es torpe, y ovación y augurios
forzadamente acogen tus mentiras.

Langostas, pestes, granizadas, incendios,
y el hambre nos asaltan, nos agobian.

Haces muecas, borracho, ries a carcajadas,
Año Nuevo, y en vano nos invitas.

Prisión, saqueos y matanza — ¿no oyes
en lo hondo los gritos de tortura?

Tu madre es puta y salteador tu padre.
Vil engendro ¿aún quieres la bendición de Dios?

La muchedumbre aguanta en basurales
y en ruinas, cuántas guerras... Y lo olvidas.

Manchas el puro padecer del hombre,
dejando sólo escoria y podredumbre.

¿Dónde está la esperanza si ayer, hoy y mañana
sólo son entreveros por el pan?

¿Dónde está tu justicia y tu cariño,
oh Año Nuevo, si el terror es amo?

Ya bastan terremotos y naufragios.
¿Por qué azuzas las fieras y enciendes las revueltas?

Vete y no nos engañes con tus cuentos —
ya sabemos lo que eres, Nuevo Año.

¡La mascarada del instante efímero!
Nunca nos quitarás lo que es eterno

en mundo y alma. Nuestra ruta es recta,
y la última meta es el Destino.

Bucarest, 21-23 de enero 1941

(Versión castellana

Días de la Gran Matanza.

de Pablo R. Troise)

Edito
enfoc
— A
la Ec
ró :
sindi
El d
ante
El ho
J. G
denci
se es
Asesi
Unan
Comu
mo.
no. —
el gr
base
Las c
elegir
samie
M. N

1
REV
P I